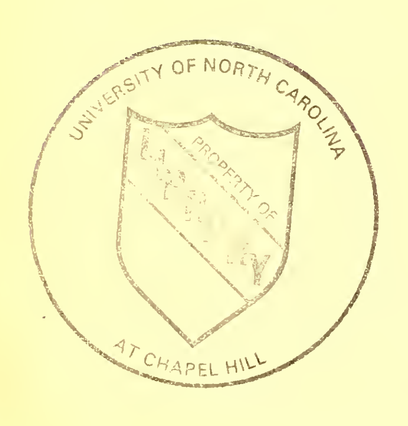

a 00002 58468 9

E

on


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
AT CHAPEL HILL

ANTONIO DOMÍNGUEZ

GLORIA Y FAMILIA

COMEDIA

PREMIADA EN CONCURSO POR EL
:: CÍRCULO DE BELLAS ARTES ::

Y

ESTRENADA EN EL
:-: TEATRO DE LA PRINCESA :-:

MADRID

1918

PRIMERA EDICIÓN

Sociedad de Autores Españoles
CALLE DEL PRADO, 24



GLORIA Y FAMILIA

ANTONIO DOMÍNGUEZ

GLORIA Y FAMILIA

COMEDIA ORIGINAL
EN TRES ACTOS



ESTRENADA EL 11 DE FEBRERO DE 1918 EN EL
TEATRO DE LA PRINCESA



MADRID
IMPRENTA DE JESÚS LÓPEZ
San Bernardo, 19 y 21
1918

Al insigne patriota

Don Santiago Alba,

gran cerebro y gran corazón.

Antonio Domínguez

REPARTO

Carmen	SRTA. LADRÓN DE GUEVARA.
Concha	» INTILINI.
Doña Ernestina	SRA. MILLANES.
Doña Lola	» TORRES (AVELINA).
Don Ramiro	SR. SANTIAGO.
Julio	» VALENTÍ.
Luis	» CAPILLA.
Don Pascual	» JUSTE.
Bruno	» LABRA.
Nicasio	» CARSÍ.
Manolo	» VARGAS.
Ezequiel	» GUERRERO.
Un Funerario	» URQUIJO.
Doctor Céspedes	» CIRERA.
Un Abogado	» DAFAUCE.

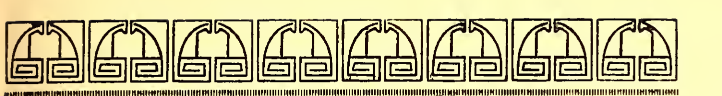
DERECHA E IZQUIERDA, DEL ACTOR

LA ACCIÓN, EN MADRID

ÉPOCA ACTUAL

Decorado para los tres actos

Gabinete de casa burguesa acomodada, notándose, además de la mano femenina, dominando, la de un hombre atento a rodearse de toda clase de comodidades.—Hay balcón y tres puertas. Para facilitar la utilización de decorados, van indicadas las tres puertas como primera, segunda y tercera, sin adjudicarles lugares precisos de colocación. Como primera se indica la que conduce a la antesala y escalera por uno de los lados, que será por donde se efectúe el movimiento escénico, salvo cuando se indique que haya de ser por el contrario, suponiéndose que este lado opuesto conduce a varias de las habitaciones interiores. Se indica como segunda la puerta que comunica con las habitaciones de don Ramiro; y como tercera la que lleva al comedor y piezas habitadas por doña Ernestina e hijas. En los tres actos es de día.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Carmen, Concha, Doña Ernestina y **Don Ramiro**

Don Ramiro fuma un habano, arrellanado en una butaca.—Doña Ernestina trabaja en una labor.—Carmen y Concha están junto al balcón.

Don Ramiro.—¡Niñas, por Dios, ese balcón!

Concha.—Si está cerrado, tío.

Don Ramiro.—Bueno, pero os movéis mucho y me hacéis aire. No tenéis en cuenta las órdenes terminantes del doctor Céspedes. Hay que cuidarme como a una mariposa. (*Carmen y Concha se han acercado a él cariñosamente, acariciándole.*) ¡Picaronas!, bien se conoce que sois mis herederas. ¡Todo para vosotras, todo para vosotras!

Carmen.—¡Tío! No digas esas cosas, que nos enfadamos.

Don Ramiro.—No, enfadarse, no. ¡La paz, sobre todo la paz, siempre la paz! Yo, en lo humano, hubiera sido un Jesucristo, si no hubiese habido que ir por las montañas...

Doña Ernestina.—Vamos, no ahoguéis al tío; separaos un poco de él. Carmen: ¿no ves que se le apaga el

cigarro? *(Carmen acércale una cerilla encendida.)* ¿Quieres que te lea algo Concha?

Don Ramiro.—Sí, leedme otra vez esa carta. ¡Malas, me abandonáis!

Carmen y **Concha.**—*(Acercándose y acariciándole nuevamente.)* No, no, no, tío.

Don Ramiro.—Sí, una de vosotras; ¿cuál será? *(Cogiendo una carta, ya abierta, que habrá sobre una mesa.)* Es original este Pla, siempre lo fué. *(Pasando la vista por la carta.)* Me anuncia la visita de su hijo, que quiere casarse con una de mis sobrinas; dice que aprueba esta unión, y no me dice con cuál de las dos sobrinas... ¡Es original este Pla! *(Concha coge la carta de manos del tío y dispónese a leerla.)* No, no me la leáis más, me preocupa; luego vendrá el chico, y él dirá. *(A doña Ernestina.)* ¿Qué te parece a ti de este matrimonio del hijo de Pla con... con la que sea de tus hijas?

Doña Ernestina.—¡Ah!, lo mismo que a ti.

Don Ramiro.—¡Oh!, si yo fuera un egoísta, os querría conservar a las dos *(por sus sobrinas)* a mi lado para siempre; es decir, para siempre..., ¡para bien poco tiempo! ¡Hay que oir al doctor Céspedes!: ¡esto se va, esto se va!

Concha.—¡Tío!...

Carmen.—No nos entristezcas.

Don Ramiro.—No; tristezas, no. No quiero tristezas a mi alrededor; por los demás, no por mí, que yo me sacrifico. Y, como sé sacrificarme, os dejo que os caséis... una.

Doña Ernestina.—Sí; la otra te cuidará, yo te cuidaré, la que se case vendrá a cuidarte también, y sus hijos, cuando estén en disposición.

Don Ramiro.—A entonces no llegaré; ¡esto se va! Cuidadme mucho, que os molestaré poco tiempo. (*Las tres rodean, solícitas, a don Ramiro.*)

ESCENA II

Dichos.—Doctor Céspedes

Doctor.—(*Entrando primera.*) ¡Oh, hermoso cuadro! Si todos mis clientes tuvieran tales enfermeras, sería mi ciencia más eficaz.

Don Ramiro.—Sí; pero, de todos modos, en casos como el mío, su ciencia de usted nada puede.

Doctor.—Sí, es cierto.

Doña Ernestina.—(*Bajo al doctor.*) No le diga usted eso.

Doctor.—(*Bajo, a doña Ernestina.*) ¡Ah!, no importa decírselo; tiene mucha entereza. (*A las tres, en grupo con ellas, lejos de don Ramiro.*) Este enfermo requiere, le es indispensable, que nadie le moleste, que no le contraríen, que no oiga nada desagradable, que no se preocupe por nada.

Doña Ernestina.—Oiga usted, doctor, ¿y el salir por la noche no le perjudicará? Porque sale siempre y vuelve muy tarde.

Doctor.—No, al contrario, le es muy beneficioso. El pobre irá a distraerse, a divertirse; eso es convenientísimo para su enfermedad, la mejor medicina.

Concha.—¿Y puede comer y beber de todo?

Doctor.—De todo. Mientras más, mejor; que coma de todo, de lo más exquisito, de lo que más le guste. ¡Que viva; que ese corazón, y esos pulmones y todo lo demás, funcione a placer! (*Don Ramiro le hace señas, indicándole que procure que los dejen*

solos. Yendo hacia don Ramiro e iniciando una pregunta de cierto carácter, para provocar la marcha de las mujeres.) Vamos a ver, vamos a ver: ¿anoche...?

Doña Ernestina.—Niñas, vámonos. Doctor... (*Despidiéndose.*)

Doctor.—Adiós, señora.

Carmen y **Concha.**—Adiós, doctor.

Doctor.—Adiós. (*Mutis las tres por la tercera puerta.*)

ESCENA III

Don Ramiro y **Doctor Céspedes**

Don Ramiro.—¡Ah, doctor, qué tacto tiene usted, qué tacto! Estos ratitos de confidencia íntima me son tan indispensables... ¿No tengo nada, eh? (*Acercándole el pulso y sacando la lengua.*)

Doctor.—(*Sin tomarle el pulso ni mirarle la lengua.*) Absolutamente nada.

Don Ramiro.—No crea usted que le he pedido que consintiera en hacerme pasar por enfermo, por el gusto de fraguar una farsa, ni por egoísmo; no. ¡Ah, si yo fuera egoísta! Lo que hay es que usted se compadece de un hombre solo, que ya va siendo viejo y que no ha conseguido, no ha acertado a formarse una familia, y procura usted ayudarme a encontrar el medio de que se me cuide y se me atienda, como lo harían una mujer y unas hijas, sin los inconvenientes y las obligaciones que traen los hijos y las cónyuges... ¡Gracias, doctor, gracias! ¡Es usted de los pocos que en el mundo se interesan des-

interesadamente! ¡Yo debía nombrarle a usted mi heredero! Sí, sí; ¡todo para usted!

Doctor.—¡No; no, por Dios, querido Dalmau; ni piense usted en eso! Yo soy mucho más modesto, me contento con cobrar mi cuenta todos los años.

Don Ramiro.—(Éste se conforma con heredarme en vida... por rentas anuales.) Bueno, doctor; bueno, doctor; ¿unos traguitos de Jerez González Byass, bastante viejo, no me sentarán mal, eh?

Doctor.—¿Cómo mal? ¡Ríase usted de la piperazina!

Don Ramiro.—Sí; porque noto, cuando lo tomo, una satisfacción interior...

Doctor.—La de que habla la ordenanza, la del deber cumplido; el sagrado deber de tratarse uno bien a sí mismo. (*Prepárase a marchar.*)

Don Ramiro.—Doctor...

Doctor.—Querido enfermo...

Don Ramiro.—¿Por qué no admitirá usted la herencia?...

Doctor.—No, no, calle usted; yo, la cuentecita, la cuenta nada más. ¡Adiós!

Don Ramiro.—¡Adiós, doctor! (*Mutis doctor por la primera.*) ¡Éste no cae!

ESCENA IV

Don Ramiro. Al principio, **Bruno.** Después, **Luis**

Sale Bruno primera puerta

Don Ramiro.—Bruno, mira: ¿ves la botella que tengo en la estantería del gabinete, detrás de los libros, disimulada, para que no se la beba nadie..., porque es una medicina?

Bruno.—Sí, señor.

Don Ramiro.—¿Le has quitado la etiqueta?

Bruno.—Sí, señor.

Don Ramiro.—Pues tráemela, y una copita.

Bruno.—(*Después de andar unos pasos hacia la puerta segunda.*) Bueno, señor; pero es que yo venía a decir al señor que le espera al señor un señor que pregunta por el señor.

Don Ramiro.—¡Ah! Entonces no traigas nada hasta que se haya marchado ese señor. ¿Quién ha dicho que es?

Bruno.—Don Luis Pla y Fons; no sé si lo habrá dicho por broma.

Don Ramiro.—No, hombre; que pase, que le estoy esperando. (*Mutis Bruno primera.*) Este Bruno tiene una letra cambiada en el nombre; pero el infeliz, con lo que le he ofrecido, está conmigo que se abriría la cabeza para que yo comiera sesos huecos. ¡Oh, flor de rústica candidez, que he cortado para mí en el campo!... Yo he sabido apartar de mí los peligros y las mañas de los criados pícaros de la ciudad. (*Preséntase Luis, primera puerta.*)

Luis.—Don Ramiro, excusemos ceremonias, fuera preámbulos; yo soy Luis, voy a ser su sobrino; tutéeme usted, yo empezaré por llamarle a usted tío.

Don Ramiro.—Expeditivo es usted, pollo.

Luis.—¡Oh, sí! Soy Luis Pla y Fons, el hombre rayo. No me detengo a hablar; bastante se ha hablado en España. Ya es hora de que alguien empiece a hacer y a callarse.

Don Ramiro.—Bueno; pues usted dirá.

Luis.—Haré, querido tío; haré. Casarme con una de sus bellísimas sobrinas, porque son bellísimas de verdad. Si—como mi padre me ha dicho—ustedes aceptan, no hay más que hablar.

Don Ramiro.—Sí hay, joven rápido, sí hay. Tiene usted que abrir la boca para decir cuál de mis sobrinas es el objeto de su amor.

Luis.—¡Ah, las dos!

Don Ramiro.—¿Cómo?

Luis.—Estoy enamorado de las dos.

Don Ramiro.—¿De las dos...?

Luis.—Quiero decir, de cualquiera de ellas. Mi objeto es casarme con una de las hijas de "La Exportadora Vinícola", la casa que fundó su difunto cuñado de usted, padre de las niñas, y que yo—cuando me case con una de ellas—haré liquidar inmediatamente, para dar otro sesgo a los negocios; y, como las dos son hijas de "La Exportadora", me es igual. Elija usted.

Don Ramiro.—Pero, joven Pla...

Luis.—Y Fons. Mire usted, tío Ramiro. Mi padre, como usted sabe, es agente de la propiedad industrial; buen despacho, asuntos aquí, asuntos en Barcelona, inteligencia con casas de París, de Londres, de Berlín... Yo voy y vengo...

Don Ramiro. Lo creo, sí.

Luis.—La casa de mi padre prospera. Desde que yo ando en ella, prospera más. No es vanidad, es exponer la situación. Pero he aquí que mi misma actividad, mis ideas nuevas—aprobadas por papá—, exigen un aumento de capital. Ese aumento nos lo da "La Exportadora Vinícola"; ¿está entendido?

Don Ramiro.—Sí, entendido.

Luis.—Sus sobrinas de usted son encantadoras, encantadorísimas, ambas... ¿Qué, cuál me da usted?

Don Ramiro.—Pero, ¡verdaderamente, joven, es usted extraordinario!

Luis.—Extraordinario ¿en bien o en mal?

Don Ramiro.—En bien. Me es usted simpático; es usted franco, leal, como yo.

Luis.—¡Tío del alma! (*Abrázale.*) Bueno, ¿cuál?

Don Ramiro.—¿Cuál, qué?

Luis.—¿Cuál me da usted? Sé que es usted el que manda en la casa.

Don Ramiro.—No crea usted; me atienden, porque estoy enfermo...

Luis.—Buena ocasión para hacerse un seguro.

Don Ramiro.—¡Calle usted!

Luis.—No digo más que una palabra: ¿cuál?

Don Ramiro.—Elija usted.

Luis.—Pero, ¿a cuál?

Don Ramiro.—A la que más le guste.

Luis.—Imposible.

Don Ramiro.—¿Cómo, imposible?

Luis.—Sí, tiene que ser a la que me guste menos.

Don Ramiro.—No lo entiendo.

Luis.—Fíjese usted: antes de elegirla, sí, muy bien; elige uno a la que más le gusta. Pero, en cuanto ha elegido uno una mujer, ya es ésa la que menos le gusta.

Don Ramiro.—Eso es verdad.

Luis.—Tengo que elegir a la que ha de gustarme menos.

Don Ramiro.—Bueno; elija usted.

Luis.—De ninguna manera, usted.

Don Ramiro.—No, usted primero.

Luis.—No, yo tomaré la que usted deje.

Don Ramiro.—¡Caramba! ¡Que mis sobrinas no son pasteles! Usted es el hombre, está obligado a hacer su petición en forma.

Luis.—Me deja usted como el asno de Buridán.

Don Ramiro.—La de asno es una situación muy corriente en enamorados. Mire usted: Carmen es la mayor, un año más.

Luis.—Eso no es nada.

Don Ramiro.—Concha tiene un año menos.

Luis.—Sí, desde luego...

Don Ramiro.—La morena es... ¿Cuál es la morena? No recuerdo cuál de las dos es ahora la morena. ¡Las chicas hoy día se oxigenan y se desoxigenan con una facilidad!... Se aburren en seguida de un color.

Luis.—¡Bah! Variaciones inocentes.

Don Ramiro.—Las dos son, ¡ah! ¡Si viera usted qué sacrificio hago en dejarle a usted... una!

Luis.—Bien, ya veo que usted no elige; me fastidia usted, porque estoy irresoluto y pierdo tiempo. Pero, en fin, volveré luego. Anúncieles usted mi visita, ya oficial y para decidir. Querido tío, hasta luego.

Don Ramiro.—Que siga usted bien.

Luis.—No, por Dios; el usted, no. Es ganas de perder tiempo.

Don Ramiro.—Pues, adiós, que sigas bien.

Luis.—Así, así; hasta luego, tío. (*Medio mutis primera.*) ¡Ah!, y honradísimo con entrar en una familia tan archidistinguida, y por medio de un matrimonio que me hace tan feliz. Yo ya conocía, con bastante intimidad por cierto, a un miembro de esta mi nueva familia, a quien estimo en mucho, pero en mucho.

Don Ramiro.—¿Uno de la familia, de aquí de Madrid?

Luis.—Sí, de aquí.

Don Ramiro.—¿No será Manolo Suárez, Suárez y Dalmau, el que está en Instrucción pública?

Luis.—No, señor; es Julio Dalmau.

Don Ramiro.—¡Ah!, por Dios; ¿qué ha hecho usted? ¡Nombrar a ese hombre en esta casa!

Luis.—¡Ah, no se llevan ustedes bien? Ignoraba...

Don Ramiro.—Es la deshonra de esta familia, toda virtud; la mancha que, para baldón nuestro, ha permitido Dios que caiga sobre los Dalmaus.

Luis.—¡Oh, cuánto siento, don Ramiro!... Pero, en fin, mi falta es muy excusable. Yo no podía suponer esto, porque se trata de un individuo de un talento tal, de tan enorme porvenir, que dentro de muy poco llegarán a él los billetes de Banco a espuertas, y su nombre celebrado podrá ilustrar a la más ilustre familia.

Don Ramiro. - ¿Quién, él?

Luis.—Sí, él.

Don Ramiro.—¿Julio ilustre, empingorotado, rico, con espuertas de...? ¿Julio?

Luis.—Yo no quería nombrarle.

Don Ramiro.—¿Mi sobrino?

Luis.—Y siento que pronunciar su nombre sea acción nefanda en esta casa, porque mi padre y yo esperamos tener con él muchos asuntos, muchos negocios. Por de pronto, trato de disuadirle de la necia idea que tiene de caer en la red que le tienden unas urracas extranjeras, comprándole en quinientas mil pesetas un invento de trascendencia extraordinaria, por el que uno de estos días le van a expedir la patente; un acumulador, el acumulador Dalmau, que será pronto célebre, no se hablará de otra cosa en el mundo de la ciencia y en la marina y en el ejército.

Don Ramiro.—¡Acumulador Dalmau!...

Luis.—Sí. Demostrará que en la tierra de Torres Queve-

do nace más de un inventor. Y pensar que, si yo me descuido, hará Julio la tontería de tomar esas quinientas mil pesetas.

Don Ramiro.—¿Y a eso lo llama usted una tontería? ¿Caer en la red, recibir dos millones? ¡Bueno, por lo menos, es una red blandita!

Luis.—¡Oh, no; no lo hará, yo se lo aseguro a usted, o poco he de poder! Y, si es que su sobrino de usted... ¡Ay!; usted perdone, si le he recordado un parentesco...

Don Ramiro.—No, no; verá usted. ¡Pobrecillo!, él no tiene la culpa. Es que Julio, nuestro querido Julio, es hijo de una hermana mía, que murió la... la pobre; hijo de una hermana, ¿comprendes?, de una hermana, no de un hermano, y se llama Dalmau, Dalmau de primer apellido, ¿comprendes? ¡Es horrible, Dalmau sin nada delante!

Luis.—Felizmente para ustedes; porque los honrará.

Don Ramiro.—¿Honrarnos? Es posible. Nos honra, nos deshonra... ¡Qué sé yo! Quizás las dos cosas. Supongo que esta mancha no te hará desistir de casarte.

Luis.—¡Quite usted!; a esa mancha el propio Julio le sirve de tintorero. Es, aunque sabio, tan agradable; un poco rudo, francote —se ha criado entre obreros—, pero tan bueno, tan simpático, tan ingenuo, de un idealismo tan noble...

Don Ramiro.—No, no; si no me lo tienes que descubrir a mi sobrino del alma, si aquí viene mucho, mucho (y no le recibimos). Te he dicho antes eso porque, al fin y al cabo... Y, como vas a ingresar en la familia...

Luis.—El pertenecer a ella Julio es un nuevo lazo, y fuerte, que me une a ustedes; aunque de por sí es sufi-

ciente el amor que profeso a... Bueno, ¡caray!, a la que sea. La duda es una cosa trágica, no cabe duda. Tío; hasta ahora mismo.

Don Ramiro.—Hasta ahora, barbián. Oye: y, si ves a Julio, al gran Julito, tráetelo por aquí.

Luis.—Con mil amores, tío. Adiós.

Don Ramiro.—Adiós, señor sobrino y heredero.

Luis.—¡Ah!, de eso no hable usted.

Don Ramiro.—No, claro que no; yo nunca hablo de eso. (*Mutis Luis, puerta primera).*

ESCENA V

Doña Ernestina y Don Ramiro

Don Ramiro.—(*Al paño tercera.*) Oye, Ernestina, ven. (*Doña Ernestina sale tercera*). ¿Sabes?, ocurre una cosa.

Doña Ernestina.—¿Qué?

Don Ramiro.—Verás: Julio, Julito; nuestro sobrino, Julio Dalmau...

Doña Ernestina.—¡Calla! ¿Cómo pronuncias ese nombre en esta casa? ¡Olvidas que es la mancha de la familia!

Don Ramiro.—No, las manchas... Verás; el talento es un tinte, no cabe duda; vas a ver los grandes talentos y, ¡claro!, tienen manchas, pero resultan en ellos graciosas. Sí, a una persona brillante, las manchas le dan un claroscuro...

Doña Ernestina.—¿Qué dices?

Don Ramiro.—Bueno; en resumen, que Julio va a empezar a guardarse pronto más miles de duros que un político de los que sólo tienen cargos gratuitos; y

que está dudoso en tomar ahora mismo medio millón de pesetas, porque le parece una frusleria.

Doña Ernestina.—¿Eh?

Don Ramiro.—Y que dentro de poco hablarán los periódicos de él más que del directo de Madrid a Valencia; y que va a ser célebre, mimado, ilustre, mundial.

Doña Ernestina.—Pero, ¿qué ha hecho?

Don Ramiro.—Ahí es nada, inventar el acumulador Dalmau, que dentro de poco se usará por lo visto para todo: para los automóviles, para los barcos, para los aeroplanos; nuestro nombre irá triunfante por el mundo entero, ¡nuestro nombre por los aires, nuestro nombre por las aguas, nuestro nombre por los suelos! ¡Dalmau, Dalmau, irá gritando toda la humanidad con asombro! ¡Dalmau, Dalmau! ¿Eh, qué tal?

Doña Ernestina.—¿Pero, es posible? ¡Era verdad que tenía talento!

Don Ramiro.—Era verdad. No, yo siempre lo dije.

Doña Ernestina.—Sí, y yo; yo también.

Don Ramiro.—Sí, tú también. Como comprenderás, no puede ser, no puede ser que dejemos pasar esta ocasión sin felicitar a nuestro querido sobrino, a nuestro Julio; ¡sería criminal!

Doña Ernestina.—Es claro; debes ir a su casa.

Don Ramiro.—Sí, debo ir.

Doña Ernestina.—A felicitarle.

Don Ramiro.—Es claro. ¡Siempre le hemos querido tanto!

Doña Ernestina.—Sí. Aunque su madre...

Don Ramiro.—¿Él qué culpa tiene? Y que nuestra hermana, créelo Ernestina—hay que tener el alma grande, saber elevar el espíritu—, nuestra pobre her-

mana fué más desgraciada que culpable. (*Pausa.*) ¿Cómo evitaríamos que ese muchacho, por una desconfianza estúpida, nos tomase por interesados?

Doña Ernestina.—¿Tú por dónde lo sabes?

Don Ramiro.—¿Qué?

Doña Ernestina.—Eso del invento de Julito.

Don Ramiro.—Por el novio de... de una de tus hijas.

Doña Ernestina.—¿De cuál, por fin?

Don Ramiro.—No sé, luego decidirá; va a venir a eso.

Doña Ernestina.—¿Así es que, si ese chico no te hubiera dicho nada, tú nada sabrías?

Don Ramiro.—Nada.

Doña Ernestina.—Pues hazte cuenta de que no te lo ha dicho, de que nada sabes aún. Tú vas a ver a tu sobrino, como irías aunque nada supieses; no a felicitarle, a saludarle. Y sacas la conversación, y él te lo dirá.

Don Ramiro.—Es verdad; voy ahora mismo. ¡Oh, mujer!, has tenido una idea admirable. ¿Y habrá quién dude del talento femenino? Puede que ahora nos diga nuestro inventor que todos los inventores han sido hombres, y que los hombres son los únicos que sirven para descubrir. No lo discuto. Pero, ¡ay!; para ocultar, ¿qué hombre podrá igualarse a la mujer más cándida? *(Al paño primera.)* Bruno, dame el gabán, el bastón y el sombrero.

ESCENA VI

Dichos, Ezequiel. Después, **Manolo.** Cuando se indica, **Bruno**

Ezequiel.—*(Por la puerta primera, a don Ramiro.)* ¿Te vas? *(A doña Ernestina.)* Buenas tardes, señora. *(A don Ramiro.)* ¿Te ibas sin mí?

Don Ramiro. —No, hombre, ya sabía que vendrías ahora. *(A Bruno, que entra por la primera con el gabán, sombrero, etc.)* Tráeme la medicina. *(Mutis Bruno, segunda puerta.)*

Ezequiel.—¿Te sientes peor?

Don Ramiro.—Sí. Mira; baja por un coche.

Ezequiel.—Voy.

Don Ramiro.—Que tenga llantas de goma.

Ezequiel.—Bueno.

Don Ramiro.—Y el caballo bueno.

Ezequiel.—Bueno.

Don Ramiro.—Pero no demasiado brioso; que ahora hay algunos... Fíjate en los cristales, que no entren filos de aire; ¡ah! y el cochero, que sea amable.

Ezequiel.—Me va a ser difícil.

Don Ramiro.—No, hombre, si no lo encuentras así en la esquina, te vas al otro punto. *(Sale Bruno, puerta segunda, con una botella de Jerez, a la que se ha raspado la etiqueta, y una copita.)* Si fuera algo bueno, Jerez por ejemplo, ofrecería. *(Bebiendo una copa.)*

Ezequiel.—Tomas demasiados potingues. ¡Qué bien huele!

Don Ramiro.—Anda, anda.

Ezequiel.—Voy. *(Tropezando con Manolo, que entra.)* ¡Muy buenas! *(Mutis primera.)*

Manolo.—*(A Ezequiel.)* ¡Vaya usted con Dios! *(A don Ramiro.)* Siempre te anda visitando ese hombre.

Don Ramiro.—¿Es que te molesta el pobre?

Manolo.—Es que, como no es de la familia, no sé por qué...

Don Ramiro.—Calla, celoso.

Doña Ernestina.—Pues, más bueno no puede ser. Para tu tío es un criado; ahora ha ído a buscarle un coche.

Manolo.—¿Sales, tío?

Don Ramiro.—Sí, voy a casa de Julio.

Manolo.—¿De qué Julio?

Don Ramiro.—De mi sobrino, Julio Dalmau, mi sobrino carnal.

Manolo.—¡Ah, la deshonra de la familia!

Don Ramiro.—¡Te has equivocado, la honra!

Manolo.—¡Ah, ahora es la honra?

Don Ramiro.—Siempre; ahora más.

Manolo.—Bueno, bueno. (*Llevándose a un lado a don Ramiro.*) Tío. (*A doña Ernestina.*) Con tu permiso.

Don Ramiro.—(*A Manolo.*) ¿Qué quieres?

Manolo.—Poca cosa. (*Indicándole que es dinero.*)

Don Ramiro.—¿Para qué no te sujetas a tu sueldo, a lo menos hasta que yo... hasta que yo me muera?

Manolo.—¡No me hables de esa posibilidad, tío!

Don Ramiro.—Sí, comprendo que no se debe hablar de una promesa que tarda en cumplirse; pero yo te he prometido morirme, y lo cumpliré, ¡y en seguida, si me atribulas con sablazos! Puesto que eres mi heredero (*en voz muy baja*), mi único heredero, que te lo dejo a ti todo, como más necesitado—todo para ti, todo para ti—, debías conformarte con la esperanza de mi fallecimiento; y... ¡no olvides que puedo hacer otro testamento!

Manolo.—Ya lo sé, tío.

Don Ramiro.—Y que eres nada más que sobrino segundo, y que los tengo carnales y... tengo amigos. Conque, ¡ojo!

Manolo.—Querido tío. querido tío, perdona. En mi vida vuelvo a hablarte de estas cosas, aunque perezca de hambre.

Don Ramiro.—Me parece una resolución muy sensata. (*Bebe un sorbo de Jerez.*)

Manolo.—¿Qué bebes?

Don Ramiro.—Una medicina.

Manolo.—¡Qué bien huele! Huele a Jerez.

Don Ramiro.—Sí, huele a Jerez, pero es piperazina.

Ezequiel.—(*Por la primera, jadeante.*) Ya está ahí el coche.

Don Ramiro.—Gracias a Dios; ya era hora.

Ezequiel.—Siento haber tardado.

Doña Ernestina.—No se quite usted el sombrero, que viene usted sudando. (*Ezequiel pasa a formar grupo con don Ramiro; Manolo habla con doña Ernestina.*)

Ezequiel.—Hasta la Puerta del Sol he tenido que ir para traerte un coche a tu gusto.

Don Ramiro.—¡Ah! No te pese molestarte en obsequio de este enfermo. Yo soy de los santos que dan ciento por uno.

Ezequiel.—No hables de eso.

Don Ramiro.—No, yo no hablo de eso; pero deja descargar mi pecho recordándotelo. (*En voz muy baja.*) Tú eres mi único heredero; todo para ti, todo para ti.

Ezequiel.—Lo sé; gracias, amigo mío, gracias.

Don Ramiro.—¿Y quién mejor que tú? ¿La familia? ¡Puff!... Parientes y trastos viejos cuantos menos y más lejos. ¡En cambio, tú...!

Ezequiel.—¡Deja, déjate de eso! ¿Te sientes hoy con fuerzas?

Don Ramiro.—Sí; pero no te asustes, no con muchas.

Ezequiel.—¡Por Dios! Es que, como me dijiste..., he ido a ver a la Candelaria, y precisamente esta noche

hay preparada una pequeña reunión, algo de champagne, algo de...

Don Ramiro.—Calla, Ezequiel, calla.

Ezequiel.—¿No te encuentras en disposición?

Don Ramiro.—(*Como quien se sacrifica.*) Iré.

Ezequiel.—Me alegro: eso indica que estás fuerte.

Don Ramiro.—(¡El pobrecillo me prepara estas francachelas, porque cree que me pueden costar la vida!) (*Bebe un sorbito de Jerez.*)

Ezequiel.—No te medicines tanto, es perjudicial.

Don Ramiro. - (Teme que me curen las medicinas; ¡qué ignorante!) Adiós. (*A doña Ernestina y Manolo.*) (*Deshácense los grupos.*)

Manolo.—Adiós, tío.

Doña Ernestina.—A ver si te lo traes.

Don Ramiro.—Procuraré. Explícale a éste... (*Por Manolo.*) ¡Qué suerte tienes! Pronto vas a contar con otro pariente rico a quien... visitar; vamos, un pariente "bien".

Doña Ernestina.—Voy a llamar a las niñas, que te digan adiós.

Don Ramiro.—No, déjalas; en seguida vuelvo.

Manolo.—Adiós, tío.

Don Ramiro.—Adiós.

Ezequiel.—Señora, hasta la vista.

Doña Ernestina.—Hasta ahora.

Don Ramiro.—Hasta ahora. ¡Bruno! (*Sale Bruno, primera.*) Llévate el je..., la medicina. (*Bruno obedece, llevándose la botella por la puerta segunda. Después pasa de segunda a primera. Doña Ernestina y Manolo despiden muy cariñosamente a don Ramiro, que se marcha del brazo de Ezequiel, por la puerta primera.*)

ESCENA VII

Doña Ernestina, Manolo; después, **Luis**; más tarde, **Carmen** y **Concha**

Manolo.—¿Se habrá enfadado el tío conmigo?

Doña Ernestina.—No; pero, si sigues así...

Manolo.—No, no. Pero es que... Yo no tengo más que el sueldo; con el sueldo solo nadie vive. Antes, menos mal, porque había un ministro que dejaba...; pero el que hay ahora es muy severo. No deja a nadie... Todo lo hace él directamente.

Doña Ernestina.—Pues sienta la cabeza; porque tú, siendo soltero...

Manolo.—Pues es peor; porque no asciendo nunca. Yo no sé qué pasa con los casados, que son los que más ascienden. Uno de mi negociado, que está casado con esa gorda tan vistosa que anda por ahí, que la llaman la *Derrengasimones,* porque va siempre en coche de punto, es ya oficial segundo, y hace poco era quinto. Y no le ascenderán para premiar su virtud, porque es un punto que... El año pasado se murió su suegra; le dieron el dinero para el entierro, y... ¡se lo jugó, cirio a cirio! (*Sale Luis por la puerta primera.*)

Luis.—(*Dirigiéndose a doña Ernestina.*) Señora... (*Dirigiéndose a Manolo.*) Caballero... (*Presentándose.*) Luis Pla y Fons. Usted supongo que será mi futura madre política. (*Muy efusivo con doña Ernestina.*) ¡Oh, querida suegra!

Doña Ernestina.—Mucho gusto... (*Presentándole a Ma-*

nolo.) Mi sobrino don Manuel Suárez y Dalmau...

Manolo.—*(Dándole la mano.)* Oficial cuarto, toda la vida, del ministerio de Instrucción Pública.

Doña Ernestina.—*(A Manolo.)* Ya habrás comprendido que es el novio de... una de las niñas.

Luis.—Sí, de... una de ellas. Suplico a usted (*por doña Ernestina*) que les ruegue que salgan, a mi novia y a la otra; ardo en deseos...

Doña Ernestina.—Sí, sí; ahora mismo. (*A Manolo.*) ¿Tú no te irás?

Manolo.—No; me quedo a esperar a ese fenómeno de primo.

Doña Ernestina.—Ahora salen. *(Mutis, puerta tercera.)*

Manolo.—*(Mirando muy atentamente a Luis, como tratando de darse cuenta de si será sujeto a propósito para sablazos.)* (Va bien puesto; no parece que debe andar mal de recursos.) ¡No sabe usted qué placer tengo en abrazarle; para mí es un deleite contar con un primo nuevo!

Luis.—Gracias. *(Mirando hacia la puerta tercera.)* ¡Ah, ellas! *(Salen por dicha puerta Carmen, Concha y doña Ernestina.)* ¡Oh!, ¡oh! De cerca son ustedes mil veces más hermosas.

Manolo.—(¡Ve a su novia de cerca por la primera vez!)

Luis.—(*Bajo, a doña Ernestina.*) ¿Cuál es la rubia?

Doña Ernestina.—*(Bajo, a Luis.)* Carmen. (*Alto.*) Siéntese usted.

Luis.—*(A Carmen y Concha.)* Ustedes conmigo. *(Siéntanse, una a cada lado de él. Mirando a ambas alternativamente y con absoluta indecisión.)* Pues señor...

Manolo.—*(Bajo, a doña Ernestina, con la cual se retira*

a segundo término.) Este hombre no hace caso de nadie.

Doña Ernestina.—*(A Manolo.)* Ya se sabe que los enamorados prescinden de todo el mundo, cuando están con sus novias.

Manolo.—(*A doña Ernestina.*) Sí, y que éste ya se ve que está con sus novias.

Luis.—(Estudiaré sus caracteres.) ¿Les gusta a ustedes el teatro?

Carmen.—Sí.

Concha.—Sí.

Luis.—(Iguales.) ¿Y los viajes? Yo viajo mucho. ¿Les gusta a ustedes viajar?

Concha.—Sí.

Carmen.—No digas eso.

Luis.—(¡Ah!, una diferencia.)

Concha.—¿Por qué no?

Luis.—(Discuten; a ver...)

Carmen.—Porque nosotras no hemos viajado todavía; por cuidar al tío...

Concha.—¡Ah!, eso sí; pero me gustaría mucho.

Carmen.—¡Claro!; y a mí lo mismo.

Luis.—(También iguales. No elijo en toda mi vida.) *(Sigue mirando a una y a otra.)*

Doña Ernestina.—(No sabe con cuál de ellas ahorcarse.) *(Pausa.)* ¿No sabéis? Hay noticias de vuestro primo Julio.

Concha.—¡Mamá!...

Carmen.—¡Cómo hablas de ese hombre?

Luis.—¡Ah!, es muy simpático.

Carmen.—¿Sí?

Concha.—¿Sí?

Luis.—Y va a ser riquísimo.

Doña Ernestina.—Archimillonario.

Manolo.—Es un pariente a quien siempre hemos querido mucho.

Luis.—¡Ha inventado el acumulador Dalmau!

Concha.—¡Ah!

Carmen.—¡Ah! (¿Qué será eso?)

Concha.—¿Así es que no es la deshonra de la familia?

Doña Ernestina.—¡Quiá, todo lo contrario! Vuestro tío ha ido a visitarle; puede que vuelva con él. (*Se oyen las voces de don Ramiro y Julio, por la puerta primera.*) Ya están ahí.

Carmen.—(*Acercándose a dicha puerta.*) Sí, es el tío.

Concha.—(*Idem.*) El tío es, con un joven.

Luis.—(*Idem.*) Es Julio. (No le conocen.)

Manolo.—¡Oh, el hombre extraordinario! Era cosa de recibirle con un ¡viva! (*Agólpanse todos a la puerta primera.*)

ESCENA VIII

Dichos, Don Ramiro y Julio

Por la primera puerta

Don Ramiro.—Aquí os traigo al niño mimado, la honra de la familia.

Doña Ernestina.—Pasa, pasa, Julio.

Julio.—Buenas tardes. ¿Usted es tía Ernestina, eh? Y ustedes son mis primas.

Don Ramiro.—Pero, ¿cómo? ¿Qué dices, muchacho, de usted a tus primas...? ¡Oh!

Julio.—Perdonad, sí; os tutearé.

Don Ramiro.—Claro.

Carmen.—¡Claro!

Concha.—¡Claro!

Luis.—(¡Las dos lo mismo!)

Julio.—Amigo Pla, ya sé que es usted novio de...

Luis.—Sí, de... (¡Desesperante!)

Don Ramiro.—(*Por Manolo.*) Aquí tienes a esta buena pieza.

Manolo.—Yo soy Manolo...

Don Ramiro.—El hijo de tu tía Vicenta.

Julio.—¡Ah, sí!

Don Ramiro.—Un pariente muy atento, que te hará visitas a menudo.

Julio.—Perdonen ustedes; estoy atontado. Yo en una casa, ¡en una casa, como los demás!... Igual que los otros que conozco, con una familia... ¡Ah!, perdonen ustedes, pero no me puedo resistir a echarme a llorar.

Don Ramiro.—Llora, llora, hijo mío, llora; eso desahoga.

Julio.—Ustedes me dispensarán esta cursilería. Yo he pasado por todo; la patrona que se enfada, y con razón, cuando uno no puede pagarle, la que es buena y espera, hasta las casas de dormir, donde los compañeros de alcoba son vagos y malhechores; todo, todo lo he corrido yo, lo he tenido todo menos esto de una familia, que yo veía así de lejos como cosa de versos o como una cosa de teatro.

Don Ramiro.—(¡Llantos y discursos, a la hora de la digestión!...)

Manolo.—Pues yo... (*a Julio, despidiéndose*), ya que te he visto... ¡Y pocas ganas que tenía de verte! ¡Ah!

Julio.—¡Pues... como no hubieras ido a la fábrica, o por ahí!... Yo, hasta ahora, siempre he vivido en las afueras.

Manolo.—Ya te veré.

Don Ramiro.—Sí te verá, sí.

Manolo.—Adiós, tío.

Don Ramiro.—*(Bajo, a Manolo.)* ¿Qué, te ha parecido aún demasiado pronto?

Manolo.—*(Bajo, a don Ramiro.)* ¡Qué malo eres, tío!

Don Ramiro.—No; soy, no; qué malo estoy, habrás querido decir. ¡Estoy muy malo, si!

Manolo.—Y me mandas de cabeza.

Don Ramiro.—Lo sé.

Manolo.—¿Qué me mandas ahora?

Don Ramiro.—Que te marches.

Manolo.—Obedezco. Señores, muy buenas tardes a todos.

Varios.—Adiós. (*Mutis Manolo, puerta primera.*)

ESCENA IX

Dichos, menos **Manolo**

Don Ramiro.—Mira, hombre (*por Julio*), debes ser galante; la galantería exige que bromees un poco con tus primas. Verás: ésta es Carmen, la mayor, un año más; como ves, es la rubia, fíjate bien para que te acuerdes. Esta morenita sistema eléctrico—tú de eso entiendes—, es Concha, la menor, un año menos.

Julio.—Perdonen ustedes; yo no sé ni hablar.

Doña Ernestina.—No te hace falta, porque se te ve en seguida, en la cara, ese talento que tanto hemos admirado tu tío y yo.

Don Ramiro.—¡Siempre! (*A Doña Ernestina.*) ¡Fíjate, fíjate en esa rudeza simpática!

Doña Ernestina.—Sí, sí; simpática.

Concha.—(*A Carmen, bajo.*) ¿Qué te parece el señor primo?

Carmen.—(*A Concha.*) Chica, muy bien. No se me parece a ninguno de los muchachos que he tratado; me gusta mucho.

Concha.—(*A Carmen.*) No es un señorito.

Carmen.—(*A Concha.*) Será por eso. (*Se nota que en Julio, que ha mirado atentamente a ambas hermanas, produce honda impresión Carmen.*)

Julio.—*(A Luis.*) ¿Con cuál es con la que se va usted a casar?

Luis.—(¡Horrible!) *(Momento de suprema indecisión.*) ¡Hombre!, pues... (*cerrando los ojos para elegir*) con ésta. *(Por Carmen.)* (¡Ah, por fin; ya me he quedado tan a gusto!) *(Pasa junto a ella.*)

Julio.—Enhorabuena. Yo, no les extrañe a ustedes que no sepa hablar; he pensado mucho, aunque soy aún joven, y he leído, he trabajado, he hecho... Y para hablar no me ha quedado tiempo, me ha pasado lo que a los zapateros, que piensan más que los sastres—dice un libro inglés—, y es porque los sastres trabajan juntos y hablan, y quien habla no piensa; en cambio, los zapateros cada uno cose y clava él solo, y no puede hablar y piensa... piensa. Más de un zapatero ha hecho cosas muy grandes en este mundo. Usted, es decir, tú *(por Carmen)* ¿no has leído vidas de grandes hombres, de inventores?

Carmen.—No, pero las leeré.

Julio.—Pues casi todos han sido obreros, como yo; yo voy a hacerme ingeniero. Pero, empezar han empezado todos entendiendo a la máquina, manejándola y queriéndola, como yo. Por eso han hecho

cosas buenas; yo también he hecho una, y haré otras. ¿Por qué no se ha de decir? Yo creo que es la verdad, ¿por qué no lo he de decir? Hasta ahora era yo..., lo que es uno hasta que demuestra que los equivocados son los demás; un loco, un visionario, un farsante. No entiende la gente las cosas, y dice: ¡Bah!, son desatinos, ridiculeces... Y, al que se le ha ocurrido algo, le hacen pasar el Calvario..., un Calvario en que ha muerto más de un Cristo.

Don Ramiro.—Pues, tú no sabrás hablar, ¡pero bien hablas!

Julio.—No sé, no; ni tengo costumbre. Con los que a mí me hubiera gustado hablar, no podía ser, y con los que se me acercaban, no me gustaba a mí mucho, la verdad, salvo algunos.

Luis.—Vaya... Hasta la noche, que volveré. Si ustedes quieren, iremos al teatro; ¿quieren ustedes que vuelva con un palco?

Doña Ernestina.—¿Queremos ir esta noche al teatro, Ramiro?

Don Ramiro.—Esta noche, imposible. Mejor para el vermut.

Luis.—¡Ah!, muy bien; para el vermut.

Julio.—*(A don Ramiro.)* ¿Y yo, voy a ir...?

Don Ramiro.—¿Cómo? Tú, el primero. Y te pondremos en el sitio en que se te vea más; Julio Dalmau, mi sobrino... ¡Ya lo creo!

Luis.—Sí, sí, sí; hasta luego.

Don Ramiro.—*(Bajo, a doña Ernestina.)* Salid a despedirle.

Doña Ernestina.—*(A Luis.)* Salimos a despedirle; no quiero que diga usted que empiezo a sentirme suegra.

Luis.—¡Ah, por Dios!... El usted es mi enemigo, se pier-

de el tiempo; de tú, de tú, en seguida. (*Mutis, primera puerta, y las tres acompañándole.*)

ESCENA X

Julio, don Ramiro; al final, **Carmen, Concha** y **doña Ernestina**

Don Ramiro.—¡Ven, hijo mío, ven! Déjame, ahora que todos se han ido, que te abrace fuerte, fuerte... (*Abrazados.*) Prométeme una cosa: que has de vivir en esta casa. Tienes mucho talento, lo sé; pero tu bondad es tan grande o mayor, si puede ser. Has de saber que, si he estado frío contigo, ha sido para probarte, para ver hasta dónde llegaba el temple de tu alma; ya sé que llega muy alto. ¿Te quedarás en esta casa?

Julio.—Sí, tío, sí.

Don Ramiro.—Sí, quédate. Y con tu talento y la popularidad que te espera, harás brillar mis últimos días; porque esto se va, esto se va... Pero doy gracias a Dios porque he encontrado el pariente próximo que todo lo reune, y es el más digno de mi amor y ¡de heredarme en todos mis bienes!

Julio.—Pero, tío...

Don Ramiro.—¡Tío, sí! ¡Un tío..., casi un padre! ¡Un sobrino carnal..., casi un hijo! (*Julio intenta interrumpirle.*) No me hables; mañana mismo hago el testamento a tu favor.

Julio.—Tío, tío; esto es demasiado.

Don Ramiro.—No, lo justo. ¡Todo para ti, todo para ti!

Julio.—¿Pero, yo heredero de todo? Eso no es justo...

Don Ramiro.—Sí, sí, calla; vienen ellas. ¡Todo para ti, todo para ti!

Doña Ernestina.—(*Volviendo con Carmen y Concha, y viéndolos abrazados.*) ¡Qué cariño le ha tomado!

Carmen.—Es natural.

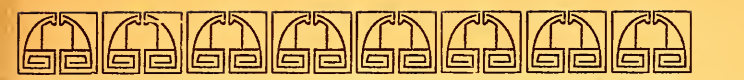
Doña Ernestina.—Por si acaso; tú (*por Concha*) no descuides el cuidarle.

Concha.—Sí, sí; mamá. (*Acércanse ellas al grupo de ellos.*)

Julio.—¡Oh, qué es esto?... Tío, tía... (*Abrazando a ambos.*) Hace poco, hambriento, despreciado, sólo, y hoy lo tengo todo, todo; gloria, familia y hasta próximas riquezas. ¡Todo, todo! ¿Cómo pude nunca soñar?... ¡Soñar! ¿Eh? ¿Será un sueño? ¿Será un sueño?...

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Carmen y Julio

Julio está en escena, envolviendo unos planos o dibujos que ha de llevar a la calle. Carmen entra por la puerta tercera, en busca de Julio; pero—para disimular—coge un libro y se sienta a hojearlo.

Julio.—¿Has acabado ya de hacer el dulce que le gusta al tío?

Carmen.—No, pero está al horno; ahora me deja un rato libre.

Julio.—Que aprovechas muy mal.

Carmen.—¿Por qué?

Julio.—Porque... lo aprovechas muy mal.

Carmen.—Al contrario. (*Libro en mano.*) ¡Son tan interesantes estas vidas de inventores que me aconsejaste leer!

Julio.—Si quieres vidas de inventores, puedes leer una sin letras; aquí tienes el libro que habla. Ábrelo por el capítulo que más te interese.

Carmen.—Sí, tu vida... ¿Me dejas que hojee el capítulo que más nos interesa siempre a las mujeres?

Julio.—Abre, y pasa hojas.

Carmen.—"Julio Dalmau, inventor de un acumulador de gran potencial"... ¿Se dice así?

Julio.—Sí.

Carmen.—"De gran potencial y poco peso."

Julio.—Muy poco, pero aún ha de salir otro más ligero.

Carmen.—Bien. "Juventud del inventor; sus primeros amores."

Julio.—Capítulo en blanco; hojea por otro sitio.

Carmen.—Me engañas.

Julio.—¿Para qué?

Carmen.—¿Es posible?...

Julio.—Si te fijas, es... fatal. Yo, para las obreras he sido siempre un señorito, y para las señoritas un obrero; así es que no ha habido forma...

Carmen.—Más bien será que nunca has hecho caso sino de tus máquinas.

Julio.—¿Qué iba a hacer? He estado solo en el mundo; sentía así como si no hubiera más sér que yo..., me daba hasta miedo. Sobre todo, cuando murió mi madre, si no hubiera sido por la máquina, me vuelvo loco.

Carmen.—¡Pobre!

Julio.—Ya ves, ¿qué iba yo a hacer? La familia no me quería; decían que era por mi madre, pero la verdad es que murió mi madre..., y tampoco me quisieron. Gracias a que entonces ya era yo fogonero, y empezaba a entender la máquina y a tomarme interés por ella; y después, cuando ascendí a maquinista... ¡En mi vida sentiré un placer tan grande! Es decir..., no sé si lo sentiré. Después estudié, estudié mucho; no hacía otra cosa. ¡Es tan bonita la química!... ¿Te aburro?

Carmen.—No, no.

Julio.—Me engañas.

Carmen.—¿Para qué?

Julio.—Es verdad. Bueno; pues mi descubrimiento es de química. Nosotros todo somos química, y vivimos por la química; porque nos cambiamos. Y la química es que unos cuerpos quieren a otros, se quieren, ¿comprendes?, y otros no se pueden ver. Y los que se quieren, así que les dan ocasión, se juntan y forman otros. Qué pillos, ¿eh?

Carmen.—(*Riendo.*) Sí, es verdad.

Julio.—Por eso yo, si alguna vez quiero a una mujer, si alguna vez quiero a una mujer... ¿Te parece mal?

Carmen.—¿Que quieras a una mujer?; no, hombre, al contrario.

Julio.—¡Ah, no te parece mal?

Carmen.—Bueno, según quien sea la mujer.

Julio.—¡Ah!, bueno. Pues, si alguna vez quiero yo, ha de ser así, fundiéndome en uno con el otro sér a quien yo quiera; y, ¡qué sé yo!, al formar otro cuerpo nuevo, que dejásemos de existir ella y yo, que es lo que se debía hacer, lo que pasa en buena química. Porque no se comprende lo que hacen los hombres y las mujeres, que se quieren y forman otro cuerpo distinto, y ellos siguen viviendo; ¿ya, para qué? ¡Eso no es querer, ni es nada!

Carmen.—¿Así es que tú querrías querer para morir, para desaparecer en la mujer querida y ella en ti?

Julio.—¡Eso!

Carmen.—¡Dices cosas de poeta!

Julio.—No, yo no soy un poeta.

Carmen.—Sí.

Julio.—Soy más que un poeta; porque los poetas sueñan

una cosa, la dicen, no la ven realizada nunca y se quedan tan tranquilos. Y yo sueño una cosa para la industria, que es muy hermosa también, y trabajo, trabajo, y hasta que consigo verla hecha de verdad, no paro. ¿Cómo pueden conformarse esos poetas con no ver sus sueños realizados nunca? Son poco poetas, me parece a mí. Pero, me voy; te digo cosas poco interesantes. (*Dispónese a marchar.*)

Carmen.—¿Te vas?

Julio.—Pronto vuelvo. (*Quédase mirándola.*)

Carmen.—¿Qué miras?

Julio.—La buena composición química que tienes. Soy feliz. Mira: nada más una cosa me entristece. No tengo padre; de mi madre, a lo menos, conservo el recuerdo; la he tenido, se murió... Pero, ¡padre...! ¡Sin haber sabido nunca...! ¡Sin haber oído su nombre!... Créelo: cuando veo a cualquier señor de cincuenta años para arriba que, por casualidad, se me queda mirando un poco fijo, siento, no sé..., cortedad y angustia... y ganas ni sé si de echar a correr o de caer llorando en sus brazos. Es ridículo, ¿eh?

Carmen.—No.

Julio.—Puede que sea ridículo, pero es una pena muy grande. Nadie puede ser feliz del todo. Yo pido demasiado; hace un par de años me hubiera contentado con cualquiera de las cosas que hoy tengo.... ¡Ya lo creo! Y ahora pido más... El hombre es así; siempre pidiendo más, nunca satisfecho. Bueno, adiós. ¡Qué estúpido soy!, ¿eh? Se me olvida a cada paso que hablo con una mujer (*movimiento de protesta en Carmen*); y ni sé cómo me ha salido esto tan regularcito... ¡Vaya!, adiós, hasta pronto.

Carmen.—Sí, Julio, hasta pronto.
Julio.—Adiós. (*Mutis Julio puerta primera.*)

ESCENA II

Carmen; al principio, **Bruno**; después, **Nicasio.**

Carmen asómase al balcón, a ver marchar a Julio. Entra Bruno, primera.

Bruno.—Señorita.
Carmen.—¿Qué quiere usted?
Bruno.—Uno con gabán, ¿como dicen los señores..., roído..., es hombre o señor?
Carmen.—Las dos cosas.
Bruno.—¿Las dos cosas? Bueno, pues ahí están las dos cosas, que quieren hablar con el señorito Julio.
Carmen.—Vamos, qué; ¿un señor que quiere hablar con el señorito Julio?
Bruno.—¡Ah!, ¿es señor; roído, pero señor? Ya me parecía a mí que hombre era poco.
Carmen.—Le habrá usted dicho que no está.
Bruno.—No; le he dicho que está.
Carmen.—¿Por qué?
Bruno.—Porque, como no está...
Carmen.—Pues ¡por eso!
Bruno.—¡Ah!, yo creía que era al contrario. Como, cuando están los señoritos, hay que decir que no están, a los señores de gabanes roídos, creí que cuando no estaban había que decirles que estaban; ¡vamos, al revés!
Carmen.—¡Es usted atroz! No sé cómo el señor está a gusto con usted.

Bruno.—(*Con un suspiro profundo de reconocimiento y amor.*) ¡Ah, el señor!...

Carmen.—Diga usted a ese hombre, que no está.

Bruno.—¡Ah!, ¿es hombre? Ya decía yo que señor me parecía mucho. (*Mutis, primera.*)

Carmen.—Yo no sé cómo mamá no echa a este criado tan brutísimo. Pero, ¡claro, si quiere tanto al tío!... (*Vuelve a entrar Bruno por la primera puerta.*)

Bruno.—Ese hombre no lo cree.

Carmen.—¿Cómo que no lo cree?

Bruno.—Que no está el señorito.

Carmen.—¡Claro, le ha dicho usted antes que estaba! Dígale usted que pase.

Bruno.—(*Junto a la puerta primera.*) Pase usted. (*Pasa Nicasio. Mutis, Bruno.*)

Nicasio.—Señorita, ¡ah, bella señorita!, no me lo oculte usted, dígale que salga. No voy a pedirle nada, ni siquiera un rincón en su casa, ni siquiera un hueco en su corazón. ¡Verle, darle un beso y desaparecer! ¡Ah, si supiera usted quién soy!

Carmen.—¿Su padre, quizás?

Nicasio.—Sí, su padre; ¡oh! ¿Qué, me parezco?

Carmen.—No; pero lo que ha dicho usted... ¡Qué alegría va a tener!

Nicasio.—¿Usted cree...?

Carmen.—El pobre acaba de salir de aquí, diciéndome: ¡Si yo viese a mi padre, si le conociera!

Nicasio.—¡Oh!, era él, él, el que salía...; era él... Lo encontré en la escalera; toda mi sangre se agolpó á la garganta, hasta ahogarme; sentí un impulso de abrazarle..., pero me contuve, por las consecuencias, si no era... Temí una bofetada. ¡Oh, oh! ¡Me lo ha dicho a gritos la voz de la sangre, y yo no la he escuchado!

Carmen.—No se conduela usted. Volverá pronto; vuelva usted también.

Nicasio.—¿Y podré verle?

Carmen.—Yo me encargo de ello.

Nicasio.—¡Es usted un ángel! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! (*Mutis, puerta primera.*)

Carmen.—¡Qué alegría más grande! Ya es feliz del todo; y, siéndolo él... Pero, ¡ay!, que se me va a quemar el postre. (*Mutis, puerta tercera.*)

ESCENA III

Bruno; al principio, **Concha**; luego, **doña Ernestina**; después, **don Pascual.**

Concha.—(*Sale segunda puerta y llama al paño primera.*) ¡Bruno!

Bruno.—(*Saliendo puerta primera.*) Señorita.

Concha.—El periódico. (*Bruno entrégale uno de la mañana.*) No, éste trae (*hojeándolo*) esquela de uno que conocía el señor; el otro, a ver si no trae ninguna cosa triste. (*Bruno le sustituye el periódico por otro, que será ilustrado.*) Éste, éste (*hojeándolo*), que trae fotografías de la fiesta de ayer, y mantillas y cosas alegres. (*Mutis, segunda puerta.*)

Bruno.—(*Solo.*) El caso es que si el señor sigue dándose esta vida, va a tardar mucho en morirse.

Doña Ernestina.—(*Por la primera, cargada con varios paquetes.*) ¿Ha venido alguien?

Bruno.—Nada más que uno..., pero no sé si es caballero o hombre.

Doña Ernestina.—¿Con quién ha hablado?

Bruno.—Con la señorita Carmen; pero quería ver al señorito Julio.

Doña Ernestina.—¡Caray!, con el señorito Julio. ¿Y la señorita Concha?

Bruno.—Está leyéndole al señor. ¿Qué ha traído usted, señora, para el señor?

Doña Ernestina.—Esto. (*Entrégale los paquetes.*) Me ha costado andar dos horas. (*Medio mutis Bruno con los paquetes.*) ¡Ah!, sé de una colocación muy buena para usted.

Bruno.—Gracias. ¡Yo no me muevo de aquí hasta que el señor me haya entregado su último suspiro!

Doña Ernestina.—Bueno, bueno. (¡Cómo le quieren todos!) (*Se supone que Bruno oye el timbre.*)

Bruno.—Voy a abrir. (*Enfadado.*) ¡Hoy no hago más que abrir!

Doña Ernestina.—Oiga usted, tenga usted más educación. Trate usted a todo el mundo como al señor.

Bruno.—¿Como al señor? ¡Señora!... ¡Eso no puede ser! (*Mutis, puerta primera.*)

Doña Ernestina.—¡Vaya con el hombre! Yo no sé qué les da a las gentes este hermano mío....

Bruno.—(*Saliendo primera.*) Otro señor que pregunta por el señorito Julio.

Doña Ernestina.—¡Caramba con el señorito Julio!

Bruno.—Eso digo yo: ¡Caramba con el señorito Julio!

Doña Ernestina.—¡Usted no dice nada! Dígale usted que no está.

Bruno.—Se lo he dicho, y dice que se alegra, que prefiere hablar antes con la señora.

Doña Ernestina.—Bueno, que pase.

Bruno.—Claro, es mejor, porque yo no sé qué decirles ahí en el recibimiento...

Doña Ernestina.—Pero, usted se propasa de una manera...

Bruno.—No, señora, no me propaso. (*Al paño primera.*) Pase usted. (*Pasa don Pascual.*) (*Bruno, mutis por la misma.*)

ESCENA IV

Doña Ernestina y Don Pascual

Don Pascual se expresará dura y autoritariamente.

Don Pascual.—¡Oh!, se parece usted a su hermana. Más vieja; pero se parece usted. (*Saludándola.*) Señora...

Doña Ernestina.—¿De qué hermana habla usted, caballero?

Don Pascual.—De la madre de su sobrino de usted, Julio Dalmau.

Doña Ernestina.—¡Ah, sí!

Don Pascual.—Julio Dalmau, hasta ahora, que muy pronto será Julio Martínez. Yo soy Pascual Martínez.

Doña Ernestina.—Antes de seguir adelante, señor, le advierto a usted que mi hermana era más vieja que yo.

Don Pascual.—Hace veinticinco años, no. Yo hablo de hace veinticinco años. ¿A usted no le suena mi nombre, Martínez?

Doña Ernestina.—No, señor.

Don Pascual.—Me sorprende.

Doña Ernestina.—Hace usted mal en sorprenderse. Yo no estoy enterada de la vida de mi hermana, hace veinticinco años ni hace treinta.

Don Pascual.—Muy sencilla, señora, muy sencilla. Yo tuve la culpa; yo la saqué de aquí, es decir de allí, de donde ustedes vivían; y yo..., me quema los labios el decirlo, la abandoné bien pronto, para irme a Amé-

rica. ¡Pero, ah, señora, no fué culpa mía; la vida, la vida es implacable; la muerte tiene esa fama, pero, créalo usted, la vida es más implacable todavía! Pues, me fuí a América, pero he vuelto, como ve usted, y dispuesto a reparar en lo posible el mal que causé; ella ha muerto, ya no me puedo casar con ella, según me ha dicho un abogado. Pero, reconoceré al hijo que tuvimos, y se llamará desde ahora Julio Martínez, y el acumulador, ese portentoso acumulador que ha inventado, acumulador Martínez. Estoy rico: no me guía el interés, vengo a reconocer a mi hijo; ¿eh, qué tal?, ¿mi proceder es noble?

Doña Ernestina.—No lo sé, señor mío, ni me importa. Sólo sé que esta casa era antes toda tranquilidad—todos nos llevábamos bien, todo estaba asegurado..., cada cual seguía su camino—; y su hijito de usted, si lo es...

Don Pascual.—Señora, ¿lo duda usted?

Doña Ernestina.—No dudo nada. Su hijito de usted ha venido a perturbarnos, ya no hay nada seguro. Reconózcalo usted y lléveselo en una urna; por mí no habrá inconveniente. Beso a usted la mano. (*Mutis, puerta primera, por el lado opuesto a las demás indicaciones.*)

Don Pascual.—¡Qué señora!, es un cardo. Volveré cuando esté mi hijo. ¡Vaya con la señora! (*Mutis, puerta primera.*)

ESCENA V

Carmen. Después, **Julio**

Carmen entra por la tercera puerta, al mismo tiempo que se va don Pascual por la primera.

Carmen.—¿Otro señor? ¿Quién será? Estoy deseando que vuelva Julio, para darle el alegrón. ¡Se va a volver loco! (*Asómase al balcón.*) Ya viene, ya. Ahora sale el señor. Parece que ha mirado a Julio con interés. ¡Claro, si es tan guapo!... No es posible verle sin mirarle con simpatía. (*Entra Julio, primera.*) ¡Acierta quién ha estado aquí!

Julio.—¿Quién?

Carmen.—No me atrevo a decírtelo sin prepararte.

Julio.—Dí.

Carmen.—¡Tu padre!

Julio.—¡Oh! Y dime, ¿le has hablado?

Carmen.—Sí.

Julio.—¿Volverá?

Carmen.—En seguida.

Julio.—¡No sé qué siento! ¿Y te ha explicado...? ¿Cómo no me ha buscado antes?

Carmen.—No me ha explicado nada. Se ve que está necesitado.

Julio.—¡Pobrecillo! ¿Cómo es, dí?

Carmen.—Bajito, muy delgadito, casi calvo, con lentes y el pelo gris.

Julio.—Será simpático.

Carmen.—Sí.

Julio.—¿Con expresión bondadosa?

Carmen.—Mucho.

Julio.—¡Padre mío, ven pronto, no retrases más el momento de abrazarte!

Carmen.—Me voy; viene mamá.

Julio.—¿Y qué?

Carmen.—Me riñe, si hablo contigo. (*Mutis Carmen, puerta tercera. En seguida sale doña Ernestina por donde se marchó.*)

ESCENA VI

Doña Ernestina y Julio

Doña Ernestina.—¡Hola!

Julio.—Buenos días, tía.

Doña Ernestina.—¿Sabes si tu tío ha salido ya de la habitación?

Julio.—No sé, tía. Acabo de llegar.

Doña Ernestina.—Oye, tu padre ha estado aquí.

Julio.—Ya lo sé.

Doña Ernestina.—¿Quién te lo ha dicho?

Julio.—Carmen.

Doña Ernestina.—¡Ah!, ¿también le ha visto ella?

Julio.—Sí. ¿Usted ha hablado con él, tía?

Doña Ernestina.—Sí.

Julio.—¿Cómo tiene el metal de voz: elevada o gruesa?

Doña Ernestina.—Un metal corriente.

Julio.—Muy bajo... ¿no será?

Doña Ernestina.—No, ¿qué...? Si es muy alto.

Julio.—¿Cómo muy alto?

Doña Ernestina.—Sí.

Julio.—Si decía Carmen que era bajito.

Doña Ernestina.—No le ha mirado bien.

Julio.—¿Es alto, eh?

Doña Ernestina.—Sí, alto; mal tipo no es. Alto, grueso, rollizo, de pelo cano abundante y bien cuidado...

Julio.—¡Tía, eso no puede ser!

Doña Ernestina.—¿Cómo que no puede ser?

Julio.—¡Que me da usted las señas al revés que Carmen! ¿Se ha fijado usted bien...?

Doña Ernestina.—Mira, déjame en paz. No pensaba retratarle; pero, es así como te he dicho. ¡Sobre todo, qué apuros!... Cuando vuelva, ya verás como es de alto y qué pelo tiene. *(Mutis, puerta segunda.)*

Julio.—Yo voy a preguntarle a Carmen... (*Mutis, puerta tercera, apresuradamente.*)

ESCENA VII

Don Pascual. Al principio, **Bruno;** después, **Nicasio**

Don Pascual.—(*Dentro.*) ¡Que yo paso, hombre, que paso!

Bruno.—(*Dentro.*) Bueno, bueno; por mí, pase usted. (*Entra por primera, con don Pascual.*)

Don Pascual.—¡Claro que paso! Oye, pazguato: ¿El que entraba cuando yo salía, era el señorito Julio?

Bruno.—Sí.

Don Pascual.—¡Oh!, me lo decía la voz de la sangre. He hecho bien en volver tan pronto.

Bruno.—(¡Qué tema se traen todos con el señorito Julio!)

Don Pascual.—Avisa al señorito Julio que está aquí su padre.

Bruno.—¡Ah! (*Se supone que llaman.*) ¡Llaman! ¡Vaya, hoy no hago más que abrir! (*Mutis, puerta primera.*)

Nicasio.—(*Dentro.*) ¡Ah, yo tengo que pasar; tengo que pasar!

Bruno.—*(Dentro.)* Bueno, bueno; por mí, pase usted también.

Nicasio.—(*Por la primera, seguido de Bruno.*) ¡Claro que paso!

Bruno.—¿También quiere usté que avise al señorito Julio?

Nicasio.—Es claro.

Bruno.—Le diré que está su padre... y otro.

Don Pascual.—¡Eso! Que está su padre... y otro.

Nicasio.—¡Eso! Que está su padre... y otro.

Bruno.—(Bueno, como dicen aquí en Madrid, les ha entrado a toos el recargo.) *(Mutis, puerta tercera.)* (*Quedan don Pascual y Nicasio, paseándose, canturreando y mirándose de mala manera.)*

Nicasio.—(¡Qué señor tan alto!)

Don Pascual.—(¡Qué señor tan chiquitín!)

Nicasio.—(Me parece que yo le he visto en alguna parte.)

Don Pascual.—(A mí esa cara me suena.)

Nicasio.—(¡Cuándo se marchará!)

Don Pascual.—(¡A ver si no voy a poder estar a solas con mi hijo!) *(Pausa.)*

Nicasio.—(¡En la misma escalera, debí darle un beso y un abrazo!)

Don Pascual.—(¿Por qué no me arrojé en sus brazos en el portal?) (*Preséntase Julio tercera, seguido de Bruno, que hace mutis por la puerta primera.*)

ESCENA VIII

Julio, Don Pascual, Nicasio. Después, **Doña Ernestina, Carmen, Concha** y **Bruno**

Don Pascual.—¡Él!

Nicasio.—¡Él!

Don Pascual.—¡Julio!

Nicasio.—¡Julio!

Julio.—(¿Cuál de ellos será?)

Don Pascual.—(*Cogiendo a Julio de un brazo, y llevándole aparte.*) (¡Echa a ese hombre!)

Nicasio.—(*Con el mismo juego.*) (¡Haz que nos quedemos solos!)

Don Pascual.—(*Repitiendo el juego.*) ¿No sentiste que la sangre te circulaba con violencia en el portal?

Julio.—¿Eh?

Nicasio.—(*Lo mismo.*) ¿No has sentido la sangre alborotársete en la escalera?

Julio.—¡Pero!...

Don Pascual.—(*A Nicasio.*) Caballero: ¿me quiere usted dejar al chico?

Nicasio.—*(A don Pascual.)* Eso digo yo: me está usted perturbando.

Don Pascual.—Y usted a mí.

Nicasio.—Yo tengo derecho.

Don Pascual.—Yo más.

Nicasio.—¡Yo soy su padre!

Don Pascual.—¡Yo también!

Julio.—¡Eh, qué es esto? (*Llamando a segunda y tercera puerta.*) ¡Tía Ernestina, Carmen!

Don Pascual.—*(Yendo hacia Nicasio, amenazador.)* ¿Conque usted es su padre?

Nicasio.—Sí, señor.

Don Pascual.—Entonces, ¿quién soy yo? *(A Julio, que trata de interponerse.)* ¡Déjame, que lo coja! ¿Conque... usted es su padre?

Julio.—Pero, ¡por Dios, esto es tremendo! (*Don Pascual corre tras Nicasio, que huye de él. Julio se interpone constantemente. Por fin, don Pascual atrapa a Nicasio y logra agarrarle del cuello. Hay voces,*

carreras y muebles caídos. Salen: primera puerta, Bruno; segunda, doña Ernestina y Concha; tercera, Carmen.)

Concha.—¿Qué es esto?

Bruno.—¿Qué ocurre?

Doña Ernestina.—¡Horror!

Carmen.—¡Dios mío!

Don Pascual.—*(A Nicasio.)* ¿Quién eres, falsificador? *(Reconociéndole, al tenerle agarrado por el cuello, la cara de Nicasio junto a la suya.)* ¡Ah!, eres Nicasio, el novio de la criada.

Nicasio.—Sí; ¡y usted es don Pascual!

Don Pascual.—¡Este miserable es un sinvergüenza, hijo de buena familia, pero un golfo, que fué novio de la criada de tu madre! *(Por Julio.)* Al envejecer no se te ha quitado (*por Nicasio*) aquella cara de granuja. ¡Ah, canalla; no contento con fumarme entonces los cigarros, querías ahora fumarme un hijo!

Nicasio.—Perdone usted, don Pascual.

Don Pascual.—Sí, no estaba mal pensado. Nadie mejor para fingirse tu padre. Conocía todos los detalles de entonces; y, por lo visto, me creerías aún en América... ¿No es verdad?

Nicasio.—Sí, don Pascual; perdone usted, el hambre es negra.

Don Pascual.—*(Por Nicasio.)* Váyase usted ahora mismo. ¡A la calle!

Nicasio.—Adiós. (*Mutis, puerta primera.*)

Doña Ernestina.—(¡Este señor dispone como si estuviera en su casa!)

ESCENA IX

Dichos, menos **Nicasio**

Don Pascual.—¡Ese farsante!... (*Sacando unas cartas, que muestra a Julio.*) Mira, hijo mío, cartas de tu madre: (*Leyendo*) "Bailón de mi alma..." Me llamo Pascual, y ella me ponía Bailón. (*Leyendo.*) "El niño, muy rico..." ¡Ese niño muy rico eres tú, hijo del alma! (*Abrázale.*)

Julio.—Sí, sí; ¡usted es mi padre!

Don Pascual.—¡Tu padre, sí, tu único padre! Ese estafador me ha hecho sudar; tomaría un vaso de agua.

Doña Ernestina.—(Se apodera de la casa.)

Julio.—Sí, venga usted, padre, al comedor. ¿Usted permite, tía?

Doña Ernestina.—Sí, sí; haced lo que queráis.

Don Pascual.—Mejor será con un poco de cognac.

Bruno.—Eso es, con cognac mejor. Deme usted la llave, señora. (¡El cognac me gusta mucho!)

Doña Ernestina.—(*A don Pascual, irónica.*) ¿Quiere usted también azucarillos?

Don Pascual.—No, detesto el dulce.

Doña Ernestina.—¡Ah, vamos! Andar, niñas.

Carmen.—(*Al mutis, aparte con Concha.*) ¿Es más simpático el hijo, eh?

Concha.—¡Claro!, los hijos siempre son más simpáticos. (*Mutis todos, tercera puerta.*)

ESCENA X

Don Ramiro. Luego, **Bruno**. Después, **Luis**.

Don Ramiro.—*(Por la segunda puerta.)* Parece que esto ha recobrado la calma. ¡Y me han abandonado las dos, corriendo apenas oyeron gritos, para venir adonde era la cuestión! La gente es tonta; cualquiera que está en un sitio muy tranquilo, en cuanto oye jaleo en otra parte, se va allí aprisa, para llegar a tiempo de recibir un palo o, por lo menos, un empellón. (*Se supone que han llamado, y aparece Bruno tercera puerta, para pasar a primera.*) ¿Qué ha ocurrido, Bruno?

Bruno.—Es que llaman, señor.

Don Ramiro.—Que esperen. ¿Dime, qué ha ocurrido?

Bruno.—Que han aparecido dos padres del señorito, y uno de los padres le ha dado al otro unas tortas... de padre y muy señor mío. ¿Le ha hecho gracia al señor?

Don Ramiro.—Mucha. Vete a abrir.

Bruno.—Voy.

Don Ramiro.—Oye: si es otro padre del señorito Julio, dile que no estamos.

Bruno.—Muy bien, señor. (*Mutis, puerta primera.*)

Don Ramiro.—(*Embelesado, por Bruno.*) ¡Esto es bondad, sencillez!... ¡Oh, flor de los campos!... *(Con disgusto.*) Esto del sobrino... Yo, si hubiera que empezar, no haría nada. ¡Los padres a pares! Claro, es célebre, va a ser rico... ¡La gente es muy egoísta!

Luis.—(*Por la puerta primera.*) ¡Oh, querido tío! Mi novia, mi suegra, mi cuñada, Julio, ¿dónde están?

Don Ramiro. – En el comedor, creo.

Luis.—¿Me he retrasado?

Don Ramiro.—No, es que hay novedades. Parece ser que ha llegado el padre de Julio.

Luis.—¿Eh?

Don Ramiro.—Yo no he podido saludarle aún; espero a que se calme.

Luis.—¿Se calme?

Don Ramiro.—Sí, de la emoción; ¡claro!...

Luis. —¿Puedo pasar?

Don Ramiro.—¿Cómo no? (*Medio mutis Luis, tercera.*) Dí que estoy aquí solo; me han abandonado.

Luis.—Bien. (*Mutis.*)

Don Ramiro.—Vendrá el tal padre también, pero ¡qué remedio!... Esto del sobrino... ¡No se puede hacer nada noble en este mundo! Lo mejor para estar bien cuidado es sacar chicos o chicas de la Inclusa, mejor chicas. Cualquier cosa la agradecen tanto, le miman a uno, le sirven a uno..., y la gente te elogia...

ESCENA XI

Don Ramiro, Carmen, Concha, Doña Ernestina, Julio, Luis y Don Pascual

Entran tercera puerta: delante, Doña Ernestina y Concha; detrás, Carmen, Luis, Julio y Don Pascual

Don Ramiro.—(*Con Doña Ernestina y Concha, aparte hasta que se indica.*) ¡Ah!, por fin volvéis al redil, curiosillas, descastadas...

Doña Ernestina.—Perdónanos, es que...

Don Ramiro.—Ya me ha dicho Bruno...

Doña Ernestina.—Sentimos esta molestia.

Don Ramiro.—No, ¿qué se le va a hacer? Presentádmele (*por Don Pascual*); o, si no, dejadme. ¿Cómo se llama?

Doña Ernestina.—¡Pascual o Bailón... o Martínez!

Don Ramiro.—(*A don Pascual.*) ¡Pascual, Pascual!... ¡Ah!, ven a mis brazos.

Carmen.—(¡Con qué cariño le trata!)

Doña Ernestina.—¿Ves qué bueno es tu tío? (*A Concha.*)

Don Ramiro.—(*Abrazando a don Pascual.*) No me digas nada; nada de explicaciones. Ya sé quién eres, ya sé que no eres culpable; sé que nadie es culpable. Tú hubieras acabado por casarte con aquella santa, no me cabe duda. ¡Honrémosla en su hijo! (*Grupo en primer término, abrazándose, Julio, don Ramiro y don Pascual.*)

Julio.—¡Tío, tío!...

Don Ramiro.—¡Ah!, cuando salieron éstas, yo no intervine porque no oí nada; estaba un poco echado en una butaca, ¿no es verdad?

Doña Ernestina y **Concha.**—Sí, sí.

Don Ramiro.—De este lado, y da la pícara coincidencia de que del otro oído no oigo nada; así es que, cuando me echo de éste, aunque se hunda el mundo, a mí como si nada. (*A don Pascual.*) ¡Si llego a haber oído, comprenderás!...

Don Pascual.—¡Sí, sí!

Don Ramiro.—Y no se hable más de cosas serias. ¡Yo estoy muy malo, muy malo!; quiero pasar alegremente, a gusto, lo que me quede de vida.

Don Pascual.—Muy bien pensado.

Doña Ernestina.—(*A Concha.*) (No le atiendes.)

Concha.—¿Quieres algo, tío? ¿Quieres vermut?

Don Ramiro.—No, no; si acaso, la medicina. No es que me cure; pero, me hace pasar mejor...

Doña Ernestina.—(*A Concha.*) Vete por ella.

Concha.—Voy. (*Mutis, puerta segunda.*)

Don Pascual.—(*A Julio.*) ¡Hijo mío, otro abrazo; no me sacio nunca!

Julio.—¡Y mil y mil, padre! (*Abrazándole.*)

Don Pascual.—Es tan verdad lo que dices, malogrado hermano político, que mañana mismo vamos a un notario, y reconozco a Julio.

Julio.—¡Padre, padre!...

Don Pascual.—Y desde mañana te llamarás Julio Martínez, y el acumulador... ¿Te han concedido ya la patente de invención?

Julio.—La de España, sí; de Inglaterra espero carta de que también.

Don Pascual.—Bien, bien, bien... Pues, el acumulador nada de acumulador Dalmau, acumulador Martínez.

Don Ramiro.—¡Oh!, perdona, eso no. ¡Acumulador Martínez!; eso no suena. Martínez no es nombre de acumulador. Dalmau, eso sí, hace catalán, europeo. (*Vuelve Concha con la botella del primer acto, y una copita, que le llena. A don Pascual, bebiendo.*) No ofrezco, porque es medicina. ¡Ah!, para mi reuma, prodigiosa. (*Bebe.*)

Don Pascual.—¿Piperazina?

Don Ramiro.—Sí, exacto, piperazina.

Don Pascual.—¡Qué bien huele! Permíteme... Precisamente iba a decir a tu hermana que me fueran a buscar.

Doña Ernestina.—¡Lo que usted quiera!

Don Pascual.—Tráiganme otra copita, hagan el favor.

Don Ramiro.—(*Retirando la botella.*) Permíteme, querido; yo creo que sin receta...

Don Pascual.—La tengo recetada.

Don Ramiro.—Pero éste es un preparado especial. No vayáis por la copa.

Don Pascual.—Bueno. Yo insisto en que el acumulador se debe llamar Martínez.

Don Ramiro.—No, no, sería injusto, querido. El genio de inventor le viene a mi sobrino, no por tí, por su madre, por nosotros; tenemos un cuartel catalán, el de mi abuelo, Dalmau, y todo lo demás inglés y belga. ¡No, no; el genio de mi sobrino es nuestro propio genio, pertenece a la que hasta hoy fué su única familia!

Don Pascual.—(*Muy enérgico.*) ¡El chico se va a llamar Martínez; y el acumulador, Martínez se llamará!

Don Ramiro.—¡Se llamará Dalmau, Dalmau!

Don Pascual.—¡Martínez, Martínez!

Don Ramiro.—¡Dalmau!

Don Pascual.—¡Martínez!

Don Ramiro.—¡Dalmau!

Don Pascual.—¡Martínez!

Don Ramiro.—¡Bailón!...

Don Pascual.—¡¡Martínez!!

Don Ramiro.—¡Ya temía yo!... ¡Si un padre tardío, siempre trae disgustos!

Don Pascual.—¡Qué apuro con que Dalmau! Eso, más que amor, parece egoísmo.

Don Ramiro.—¡Yo egoísta, egoísta yo! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (*A punto de indignarse.*) ¡Ay! ¡Si el doctor Céspedes no me tuviera prohibido el indignarme!...

Don Pascual.—Egoísmo, sí; ¡a mí me gustan las cosas claras!

Julio.—¡Papá, por Dios!

Don Ramiro.—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Todo el mundo le rodea, excepto don Pascual.*)

Doña Ernestina. —¡Ramiro, Ramiro!

Concha.—¡Tío!

Carmen.—¡Qué disgusto!

Don Pascual.—¡Hijo, me voy! Te espero en el café de la esquina, para que almuerces conmigo.

Julio.—Pero ¿ahora, papá?; espérate a la noche.

Don Pascual.—No, ha de ser ahora. ¿Los prefieres a tu padre?

Julio.—No, no.

Don Pascual.—¿Te espero?

Julio.—Sí.

Don Pascual.—Si tardas, subo a buscarte.

Julio.—Bien, papá.

Don Pascual.—¡Pretender competir un tío con un padre! (*Acercándose al grupo, con voz tonante.*) ¡¡Martínez!! *(Mutis, puerta primera.)*

Doña Ernestina. - ¡Ramiro, Ramiro!...

Don Ramiro.—¡Ay, ay!

Doña Ernestina.—(*A Concha.*) Ayúdame; le llevaremos a su cuarto.

Don Ramiro.—¡Ay, ay, ay! ¡La medicina, la medicina...! *(Entre doña Ernestina y Concha llévanle a su cuarto—segunda puerta—, sin olvidar llevarse la botella. Mutis los tres.)*

ESCENA XII

Carmen, Julio y Luis

Julio.—Es lamentable todo esto, amigo Luis.

Luis.—¡Bah! ¿Ahora se va usted a disgustar por ellos?

Julio.—¿Por quién, entonces?

Luis.—Por nadie; ¿quién se ha preocupado nunca por usted, quien se ha sacrificado?

Carmen.—Tiene razón Luis. Nadie te ha atendido hasta que podías ser honra o provecho para ellos.

Luis.—Cuando hay gloria, hay familia.

Carmen.—Ésa es la verdad; hasta que no has hecho un descubrimiento de química, no has logrado hacer tampoco el descubrimiento de la familia.

Julio.—Puede ser casual.

Luis.—¿Casual? ¡Oh!, querido, la inocencia debe tener sus límites.

Julio.—¡Maldita sea el tal invento! Sin él vería ahora si mi familia venía a mí por mí nada más.

Luis.—Haga usted la prueba. Digamos usted y yo que han fracasado las negociaciones para vender la patente, que ya no habrá dos millones de reales ni pronto ni nunca, y que vuelve usted a ser obrero para toda su vida. ¡Verá usted, verá usted!...

Julio.—(*A Carmen.*) ¿Qué te parece?

Carmen.—Lo que a él; ni te molestes en hacer la prueba.

Luis.—Sí, hágala usted, y verá que el cariño y la riqueza son compañeros de viaje; donde va la una, allí está el otro. Y la miseria y el desprecio también forman una pareja muy unida; por eso siempre habrá usted oído que, para mostrar mucho cariño a alguien, se le dice: ¡qué rico, pero qué rico!; y para mostrarle desprecio: ¡qué miserable!

Carmen.—Sí, sí; así piensan, así piensan todos ellos.

Luis.—Ellos, ellos son los que piensan así; estoy convencido de que son "ellos". Carmen, ¿quieres dejarnos?, te lo ruego; es conveniente que hablemos Julio y yo.

Carmen.—(*Aparte, a Luis.*) Consuélale.

Luis.—(*Aparte, a Carmen.*) Estoy seguro de conseguirlo. (*Carmen mutis, puerta tercera.*)

ESCENA XIII

Julio y **Luis**

Luis.—Vamos por partes: primero, usted y Carmen se quieren.

Julio.—¿Yo?...

Luis.—Sí, usted, Julio Martínez, antes Dalmau. ¡Si me parece muy natural..., inevitable! Ahora ya las conozco; las dos son buenas, sólo que Carmen tiene una cosa de imaginación, de fantasía, que no tiene la otra, que es más sentada. Y eso soñador le va muy bien a un inventor como usted... Ya sabe usted la definición de mi padre: "el inventor es un loco práctico". Ustedes han simpatizado... Su figura de usted es interesantísima, novelesca, casi lírica. ¡Si me parece muy bien! Carmen se ha dejado llevar más, porque le impresionan más estas cosas. ¡No sabe usted cuánto me alegro de haberme dado cuenta antes de casarme!

Julio.—¿Pero usted renunciaría?...

Luis.—No, señor.

Julio.—¡Entonces...!

Luis.—Yo no renuncio a nada; sigo como antes. Me era igual..., me casaré con Concha.

Julio.—Pero si a usted le gusta Carmen...

Luis.—¡Quiá, hombre! Es precisamente la que menos me gusta.

Julio.—¿La que ha elegido usted?

Luis.—¡Naturalmente! ¡Déjese usted de tonterías! Yo

elegí a Carmen con los ojos cerrados; ahora los vuelvo a cerrar, y elijo a Concha. ¡Concha es encantadora, encantadorísima!...

Julio.—Pero ¿y el tío?

Luis.—El tío que busque otra Ifigenia que sacrificar. ¿Se va a estar la chica sin casar porque le dé la gana a ese camastrón?

Julio.—Es que si se queda sin ninguna de las dos, ha amenazado con traer del pueblo otra sobrina.

Luis.—Que la traiga. Vamos, Julio, valor, y arriba los corazones; únase usted a mí, que triunfaremos.

Julio.—¡Oh! ¿De veras me deja usted a mí Carmen?

Luis.—¡De veras y con toda el alma!

Julio.—¡Gracias, gracias!

Luis.—¿Le hago a usted feliz?

Julio.—Casi.

Luis.—Pues ahora voy a hacerle por entero. (*Al paño, tercera.)* Carmen, vuelve, haz el favor.

ESCENA XIV

Dichos y **Carmen.** Después, **Concha**

Luis.—(*A Carmen, que vuelve tercera.)* ¿Verdad que un invento es un hijo, un hijo a quien siempre reconocemos con amor, y no nada más cuando nos conviene, como hace con los suyos don Pascual Martínez?

Carmen.—(*Con entusiasmo.)* Sí, verdad.

Luis.—¿Verdad que es absurdo, antipatriótico, vender un hermoso invento a una Compañía extranjera, para coger en caliente cuatro cuartos, cuando el inventor

es joven, fuerte, y puede esperar, luchar y pasar... hambre, si fuera preciso...?

Carmen.—Sí, es verdad; es verdad, Julio.

Luis.—¿No es verdad que un acumulador se debe llamar Dalmau y no Martínez?

Carmen. –Evidente. (*Aparece Concha, segunda puerta, y es vista por Luis.*)

Luis.—¿Y no es verdad, fíjate bien, no es verdad que tú debes casarte con Julio y yo con Concha? (*Arroja a Carmen en brazos de Julio, y oprime la mano de Concha.*)

Concha.—¡Ay! Yo no puedo casarme, por el tío.

Luis.—(*A Concha.*) ¡Usted se casará, ¡no faltaba otra cosa!, y muy pronto ¡y conmigo!

Carmen.—Si lo han convenido así..., acéptalo, tonta.

Concha.—Yo, ¡ya ves qué querré!

Luis.—Bueno, ya está formada la unión de los jóvenes, contra las rutinas y los egoísmos de los viejos. ¡Ya veréis, ya veréis!

Julio.—¡Sí, me ha trasmitido usted su entusiasmo! ¡Ven, Carmen; sí, si me querías, si te quería yo!... ¿Para qué lo vamos a negar? Y tú, Concha, tú querrás a Luis.

Luis.—¡Ah, mi Concha!... Criatura ideal, idealísima. (*Quiere abrazar a Concha, pero se confunde y va a abrazar a Carmen, deteniéndole Julio.*)

Julio.—¡Eh, que no es ésta!

Luis.—¡Ah!, sí; perdone. (*Abraza a Concha.*)

Carmen.—¡Julio!...

Julio:—Así. (*Carmen con Julio y Luis con Concha.*) ¡Y a ver quién vence ahora a la pareja de locos unida a la parejita de personas prácticas!

Concha. –¡Que vienen mamá y el tío!

Julio.—Bien venidos sean.

ESCENA XV

Dichos, doña Ernestina, don Ramiro y **don Pascual.** Al principio, **Bruno**

Bruno.—(*Por la primera.*) Señorito *(por Julio)*; su padre de usté. Pero no se asuste usté, que es uno de los mismos padres de antes.

Julio.—Que pase; mejor tenerlos a todos juntos. (*Entran don Pascual por la primera, y don Ramiro y doña Ernestina por la segunda. Bruno, mutis primera. Los jóvenes a un lado, los viejos a otro.*)

Don Ramiro.—(*Por don Pascual.*) ¿Pero está éste aquí todavía?

Don Pascual.—¡Hijo, te estoy esperando!...

Julio.—Espere usted, espere usted. Señores: estamos los cuatro de acuerdo; hemos acordado vivir, luchar, que es nuestra obligación.

Don Ramiro.—¿Qué dice este chico?

Doña Ernestina.—¿Eh?

Julio.—Tía Ernestina: lo sentimos mucho, en especial las dos socias de esta unión, que son hijas de usted; pero sus planes de usted, tan pensados, tan meditados, van a caer por tierra.

Doña Ernestina.—¿Cómo?

Julio.—Nos casamos, yo con Carmen y Luis con Concha.

Don Ramiro.—¿Eh?

Doña Ernestina.—Chico, ¿qué dices? Pero, hijas, ¿es verdad?

Carmen.—Sí, mamá.

Concha.—Sí.

Doña Ernestina.—¡Oh! (*Cae desvanecida en una silla.*)

Carmen.—¡Mamá, mamá!

Concha.—¡Mamá!

Luis. — Muy bien; cuidadla, aunque se le pasará pronto.

Julio. —Usted, querido padre...

Don Pascual. —(*Acercándose a Julio, con los brazos abiertos.*) ¡Hijo mío!

Julio.—¡Advenedizo! Sepa que por ahora no acepto su reconocimiento, hasta que me convenza de que es desinteresado; Dalmau nací y Dalmau me hice hombre; Dalmau seguiré siendo, y mi acumulador, Dalmau.

Don Pascual.—¡Ah, hijo ingrato! ¡Y para esto he hecho yo un viaje a Madrid? (*Exaltándose.*) ¡Y yo que se lo he dicho a todos mis amigos, con aire de triunfo!... ¡Hasta el notario está hablado, y todos me paran y me dan la enhorabuena! ¡Ah, esto yo no lo resisto, y más con mi genio!.. ¡Qué plancha! ¡Oh, oh, qué disgustos dan los hijos! (*Cae, abrumado, en una silla o sillón.*)

Julio.—Y usted, tío Ramiro, querido tío carnal, para quien soy un hijo, sepa que he dispuesto no vender mi invento, y que pasaré hambre, miseria, muchos años... Digo, hambre y miseria, no; porque mi tío Ramiro me ayudará con cantidades fuertes. Porque yo le pienso molestar continuamente con peticiones. Pero, al fin, triunfaré, ayudado por Luis, tan hábil en los negocios, que me administrará.

Don Ramiro.—Pero ¿tú has pensado?...

Julio.—¡Decidido, no hay que hablar más de eso!

Don Ramiro. —¡Hambre, miseria, sablazos, varios años!...

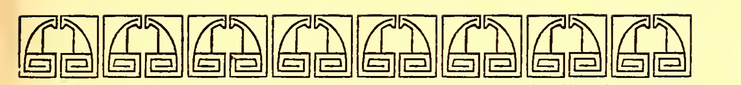
¡Ay, yo me pongo malo, me vuelvo a poner malo! ¡Auxiliadme todos, auxiliadme todos! (*Cae en el butacón más cómodo.*)

Luis.—¿Ve usted? ¿Eran egoístas?

Julio.—¡Sí, todos! Pero, sobre estos cuerpos desmayados, pasará triunfante nuestra unión de los jóvenes.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Luis y **Bruno**

Al levantarse el telón está la escena sola. Entra Luis primera puerta, y ante él Bruno tratando de interceptarle el paso.

Luis.—Quita, imbécil; no te pongas delante.

Bruno.—Si el señorito va hacia allí (*indicándole que retroceda*), yo estaré detrás.

Luis.—¿Qué, te han encargado que no me recibas?

Bruno.—Que diga que no están, pero con mucha cortesía. Y usted ya se lo dirá a ellos, ¿eh, señorito?, que con más cortesía no se pone nadie delante, quitando el paso; ¿no? ¿Qué, se va el señorito?

Luis.—¡No me voy!

Bruno.—¡Voy a tener que dejar la cortesía!

Luis.—No me voy, ni dejo que me pegues, ¿sabes? Dí que salga, a la señora.

Bruno.—¿No se colará el señorito así (*haciendo ademán de entrar por la puerta tercera*), aprovechando que yo me marcho?

Luis.—No, hombre, no; anda. Que salga, ¿eh?, ¡que no me voy! (*Mutis Bruno, puerta tercera.*) ¡Oh, tío Ra-

miro, viejo zorro!... Veremos quién vence, si tú y tus egoísmos, o nuestras ideas, nuestros proyectos, nuestras resoluciones! *(Pausa.)* Se estará aconsejando de él esa suegra torpe. ¡Yo no me voy!

Bruno.—(*Pasando de tercera puerta a primera.*) Ya sale. (*Mutis.*)

ESCENA II

Luis y Doña Ernestina

Doña Ernestina preséntase tercera puerta.

Luis.— Señora: yo venía a tomar café.

Doña Ernestina.—*(Muy fría.)* No hemos comido aún; Ramiro ha estado un poco indispuesto y ha necesitado nuestros cuidados, las niñas están aún sin peinar. Por eso no le hemos recibido a usted. Otro día...

Luis.—¿No se le ha ocurrido más disculpa que ésa al sagaz don Ramiro?

Doña Ernestina.—¿Qué dice usted?

Luis.—Que parece mentira que prefiera usted que una hija suya se quede para vestir a ese santón solterón, a entregarla a un hombre como Julio. Julio es un hombre tan extraordinario, que lo que ha hecho ahora no es nada para lo que de él debe esperarse. ¡Y a un hombre así..., a Julio Dalmau, le quiere usted arrebatar un amor, inspirado en el cual haría cosas grandes; para que ese fantasmón...!

Doña Ernestina.—¡Hable usted con más respeto de mi hermano!

Luis.—¿Respeto? ¿Usted cree que es digno de respeto?

Doña Ernestina.—¡Caballero!... Ustedes se han rebelado todos contra él y contra mí, y usted ha sido el alma,

a lo que parece, de la rebelión; es justo que sufran ustedes su castigo.

Luis.—¿Qué castigo?... ¡Triunfaremos! No será rebelión; será revolución. ¿Cree usted que nos lo vamos a dejar arrebatar todo, y a quedar sus hijas de usted sacrificadas, Julio teniendo que vender a extranjeros su patente, y yo sin ampliar mis negocios?... ¡Todo esto, tan sagrado; y... además el amor! ¡Oh!...

Doña Ernestina.—¡Señor mío; yo no tengo nada más que decirle a usted. (*Medio mutis, tercera puerta.*)

Luis.—¡Pues yo a usted, sí!

Doña Ernestina.—¡Acabe usted pronto!

Luis.—En seguida. Su hermano de usted tiene el capital a renta vitalicia.

Doña Ernestina.—¿Qué?

Luis.—A renta vitalicia; el último suspiro, la última peseta.

Doña Ernestina.—¡Eso es mentira!

Luis.—(*Con ironía.*) Sí, sí; mentira... En "La Previsora Universal." Cedió su capital a esa Compañía, que hoy es dueña de todo lo que era de don Ramiro, hasta de los muebles de esta casa. Pero, en cambio, la renta que le pasa la Compañía, mientras él viva, es espléndida. Y el buen señor haciendo creer a cada uno en reserva que él solo es su único heredero; y hasta los instituye de verdad y le hace a cada cual su testamento. En este caso están todos los que ve usted que a diario se acercan a él; además de otros que usted no ve, como cierta señora que yo conozco de vista, a la que don Ramiro tiene muy convencida...

Doña Ernestina.—(*Indignadísima.*) ¿Qué dice usted?

Luis.—Lo que usted oye. Es el timo de la herencia.

Doña Ernestina.—¡No, no, no; qué infamias son ésas? ¡Pobre hermano mío; antes le ha injuriado usted, ahora le calumnia!

Luis.—¡Sí, sí; calumnias!...

Doña Ernestina.—¡Pruébemelo usted!

Luis. –(*Después de meditar.*) ¡Se lo probaré a usted todo, y bien pronto!

Doña Ernestina.—(*Con ironía.*) ¡Quisiera verlo!

Luis.—¡Pues lo va usted a ver! (*Mutis, puerta primera.*)

ESCENA III

Doña Ernestina y **Don Ramiro**

Doña Ernestina.—(*Viendo venir a don Ramiro.*) Ya viene. ¡Probrecillo! ¡Vamos, que decir de él todas esas enormidades!... (*Sale tercera puerta don Ramiro.*) ¿Te han servido ya el te?

Don Ramiro.—No. He notado que me quita también el sueño; y ya sabes que, después de la comida, la siesta es lo primero para mí. Voy a dormir. (*Medio mutis, segunda puerta.*)

Doña Ernestina.—¡A ese pollastre le he despachado como se merecía! ¡Suponte que el muy sinvergüenza insistía aún...!

Don Ramiro.—No; no me digas nada, no me expliques nada. ¡Se me va a cortar la digestión!

Doña Ernestina.—(*Dirigiéndose a la segunda puerta.*) Voy a cerrarte las persianas.

Don Ramiro.—No; déjalo, yo las cerraré.

Doña Ernestina. –¡Ramiro, por Dios!

Don Ramiro.—No; déjame, déjame. (*Mutis, puerta segunda.*)

Doña Ernestina.—¡Pobrecillo, está muy sentido! ¡Estas hijas, estas hijas!... (*Mutis, puerta tercera.*)

ESCENA IV

Don Ramiro. Después, **Bruno**

Apenas se ha marchado doña Ernestina, don Ramiro sale segunda puerta y dice mirando hacia la tercera.

Don Ramiro.—¡Egoístas, egoístas! (*Al paño, primera.*) ¡Bruno!

Bruno.—(*Por la primera.*) ¡Señor!

Don Ramiro.—En cuanto entre el señorito Julio de la calle, le dices que se ha roto su cama, y que lo siento mucho, pero... que estando rota la cama, pues... que no puede dormir aquí; que tiene que irse a una fonda... Y te metes en su cuarto y le rompes una pata a la cama, pero con mucho cuidado, que cueste luego lo menos posible el arreglarla.

Bruno.—¡Me parece muy bien, señor! Ese señorito Julio no le trata al señor como es debido; y es mala gente: yo les he oído decir, a don Luis y a él, que ellos eran revolucionarios.

Don Ramiro.—Yo esto no lo hago por mí, no; yo sé sacrificarme hasta por un sobrino, aunque un sobrino, por carnal que sea, no pasa de ser un pariente lejano. Pero, las niñas... ¡Ah!, comprenderás... Un muchacho joven, bajo el mismo techo..., por muy primo que sea...

Bruno.—Sí, señor; hace usted muy bien.

Don Ramiro.—Y, además, ese hombre sin educación, esa rudeza tan antipática que tiene. Yo por mí, no; por las niñas.

Bruno.—A usted no le hace falta nadie, señor; aquí estoy yo. Y si yo no soy bastante, si le hacen a usted falta también mujeres que le cuiden, yo me casaré, aunque sea con una que tenga hermanas y madre. Y así cuenta usted con mi mujer y con mi suegra y mis cuñadas.

Don Ramiro.—Gracias, gracias, Bruno. ¡Tú eres el único que me quiere! ¡Todo para ti, todo para ti!

Bruno.—Ya lo sé, señor. ¡Gracias, señor, gracias!

Don Ramiro.—Márchate.

Bruno.—Que duerma usted bien, señor. *(Mutis, puerta primera.)*

Don Ramiro.—*(Con entusiasmo, refiriéndose a Bruno.)* ¡Oh! ¡Alma sana, flor silvestre...! Voy a dormir. *(Mutis, puerta segunda.)*

ESCENA V

Carmen. Después, **Julio**

Carmen.—*(Sale tercera puerta, y se dirige al balcón.)* ¡Cuánto tarda Julio, Dios mío! ¡Hoy no le he visto aún! ¿En qué parará todo esto, después de lo de ayer? *(Entra Julio, primera puerta.)* ¡Ah!, por fin...

Julio.—¿Sabes lo que acaba de decirme el criado?

Carmen.—¿Qué?

Julio.—Que me vaya de esta casa.

Carmen.—¿Te echan?

Julio.—Sí, el tío Ramiro. Y mi padre también... ¡Si hubieras oído la conversación que tuve con él esta mañana! Llegué a decirle: Usted no es mi padre; padre es el que se ha despertado a media noche porque su hijo lloraba, el que le ha alimentado y

le ha vestido, el que ha estado pendiente de los labios del médico cuando el hijo estaba enfermo, el que lloraba de alegría cuando venía de la clase con buenas notas. ¡Ése es un padre, usted es un extraño! Y del tío Ramiro, de este hombre que hoy me echa de su casa, he sabido otra cosa.

Carmen.—¿Qué?

Julio.—Que mi pobre madre—hasta hoy no me había atrevido a defenderla—fué una víctima suya. Cuando, enamorada o seducida, rompió con sus hermanos, el tío Ramiro, el hombre, el mayor, al entregarle el capital que le correspondía—sin duda indignado—, le robó de tal manera que sólo llegó a ella una miseria que pronto se agotó.

Carmen.—No los quieras; yo siempre te lo he dicho. No quieras a ninguno, ¡quiéreme a mí sola!

Julio. ¡A ti, sí! Tú serás mi mujer; pero a mi familia no la quiero, prefiero a los extraños. Los extraños no tienen interés ninguno, y por eso resultan desinteresados.

ESCENA VI

Dichos, Luis. Después, **Bruno**

Luis.—(*Por la puerta primera.*) Ya está.

Julio.—¿Qué?

Luis.—Todo. He dirigido una circular a todos los herederos del tío Ramiro, dándoles la triste nueva de que el pobre acaba de fallecer de repente; y no tardarán en presentarse a llorarle, y a recoger la herencia.

Julio.—¡Oh!; pero, ¿ha hecho usted eso?

Luis.—Sí.

Carmen.—Muy bien hecho.

Luis.—(*Por Carmen.*) ¡Tú ya conocerás el timo de la herencia!

Carmen.—Me lo ha dicho Julio, pero me costaba trabajo creerlo.

Luis.—Tampoco tu madre lo ha creído; ahora os convenceréis todas.

Carmen.—Yo, por convencida.

Luis.—¡Tu madre, que es lo importante! ¡Venceremos, venceremos!

Bruno.—(*Que entra primera, quedándose en segundo término.*) Señoritos: Ahí hay una señora de luto, y un señor.

Luis.—¡Doña Lola!

Carmen.—¿Quién?

Luis.—Cierta señora (*sin que lo oiga el criado*) heredera del tío.

Julio.—¡No, no, por Dios! ¡Esto es una burla despiadada!

Luis.—¡En la guerra, como en la guerra!

Carmen.—Sí, sí; le voy a poner al criado un trapo negro por corbata. Entornad esto, mientras tanto. (*A Bruno.*) Venga usted.

Bruno.—¿Pero, qué le digo a esa señora?...

Carmen.—Venga usted, hombre, que le voy a dar una propina.

Bruno.—¡Ah, bueno! (*Mutis, tercera, Carmen y Bruno.*)

Luis.—Sí; que esté la habitación de duelo. Cierre usted el balcón, Julio. Quitaré estas flores. (*Escondiendo las que habrá en unos floreros.*) Las sillas, en semicírculo, que eso es muy de duelo. Así está bien. (*Hacen cuanto se indica. Queda la habitación a media luz. Reaparecen Carmen y Bruno tercera*

puerta, éste con un pañuelo o trapo negro a modo de corbata.)

Bruno.—¿Dice la señorita que veinte duros?

Carmen.—Si lo hace usted bien, sí.

Bruno.—¿Se trata de una broma nada más?

Carmen.—Sí, de una broma.

Bruno.—¿Bueno, no será broma de dar gritos, que se despierte el señor?

Carmen.—No, al contrario; es una broma en que todo hay que hablarlo a media voz, casi cuchicheando.

Luis.—(*Examinando a Bruno.*) Muy bien, muy bien; el criado está muy bien.

Carmen.—Y la habitación la habéis puesto tan misteriosa... Dan ganas de morirse.

Bruno.—¿Qué digo a esa señora y a ese señor?

Luis.—Que pasen. Escucha: tú, cuando hablen del señor, limítate a gimotear, a sollozar; ¿comprendes?

Bruno.—Sí. (*Gimotea.*)

Luis.—Así, muy bien.

Carmen.—Ande; que pasen.

ESCENA VII

Dichos, doña Lola, Abogado

Bruno introduce, por la primera puerta, a doña Lola y Abogado

Doña Lola.—¡Oh, Ramiro! ¡Ramiro mío! (*Bruno gimoteará de vez en cuando.)*

Doña Lola.—*(Chillando.)* ¡Oh, Ramiro!

Bruno.—¡Eh, chillar no!

Luis.—¡Chits!

Todos.—¡Chits!

Doña Lola.—(¡Ah, sí; en los duelos es de buen tono conmoverse bajo!) (*En voz tenue.*) ¡Oh, Ramiro! (*Mutis Bruno primera.*) ¡Ramiro mío! ¡Por fin te has muerto! ¡Sin consideración a que me dejabas sola en el mundo! ¿Dónde está, dónde está?

Luis.—Ahora lo verá usted.

Carmen.—Serénese usted antes.

Doña Lola.—(*Presentando al Abogado.*) Este señor es mi abogado; como una no entiende de estas cosas...

Luis.—Diremos que salga, a la hermana del difunto.

Doña Lola.—Sí, es mejor. ¡Ah, Ramiro mío! ¿Por qué no me has llevado contigo?

Carmen.—Voy a avisar a mamá. (*Mutis, tercera puerta.*)

Doña Lola.—(*Bajo al Abogado.*) ¿Valdrán mucho estos muebles?

Abogado.—Yo de eso no entiendo, señora.

Doña Lola.—(Ese cuadro me gusta; lo colocaré en mi habitación.) ¡Oh, Ramiro!

ESCENA VIII

Dichos, Concha y **doña Ernestina**

Entran Carmen, Concha y doña Ernestina, por la tercera puerta

Carmen.—(*A doña Ernestina.*) Tú haz como si el tío se hubiera muerto de repente, y te convencerás.

Doña Ernestina.—No; es imposible, es imposible.

Doña Lola.—¡Ah, su hermana! (*Cayendo en sus brazos.*) Señora... ¡Oh, Ramiro! Yo me lo tenía tragado hace tiempo, hasta tal punto que ya tenía el luto preparado.

Doña Ernestina.—¡Qué prevenida!

Carmen.—Nosotras, no. Nos pilla sin nada negro.

Doña Lola.—Han hecho ustedes mal, porque esos lutos en veinticuatro horas salen unas fachas. ¡Yo ya tenía clavado en el corazón este puñal de que pronto había de quedarme viuda!; porque—ya ustedes lo sabrán—Ramiro pensaba casarse conmigo en seguida. No esperaba más que a que se casaran antes sus sobrinas, que lo estaba el pobre deseando por minutos. ¡Ay, desdichada de mí, toda mi felicidad por tierra! (*Desmáyase.*)

Doña Ernestina.—¡Eh, señora!

Luis.—¡Desmayos, no!

Concha.—Rociadla con agua, a ver si se le pasa.

Doña Ernestina.—Sí; en los floreros hay agua.

Carmen.—Eso, con agua del florero. (*Dispónense a rociarla con agua del más próximo florero.*)

Doña Lola.—No; hagan el favor, agua de floreros no, que es mancha, y lo negro es muy delicado. Por supuesto, que ha muerto por su culpa; sí, él mismo se ha matado el pobre, por cuidarse con exceso. Yo se lo decía siempre; Ramiro, que tanto mata lo mucho como lo poco. Pero él me contestaba: —No, no; todo para ti, todo para ti. Yo misma le hacía esos cuidados, pero advirtiéndole que le iban a matar. ¡Pobre Ramiro! (*Presentando el Abogado a doña Ernestina.*) Este señor es mi abogado.

Doña Ernestina.—Muy señor mío.

Doña Lola.—No, pero usted podrá vivir en esta casa todo el tiempo que quiera.

Doña Ernestina.—Muchas gracias. ¿Así es que usted tiene un testamento de Ramiro?

Doña Lola.—¡Ah, sí, señora!; yo soy su única heredera. ¡Todo para mí, todo para mí!

Carmen.—(*Bajo, a doña Ernestina.*) ¿Lo ves, mamá, lo ves?

Doña Lola.—Con permiso... (*Pónese una bata, que trae en un envoltorio.*) Como me he de quedar aquí...

ESCENA IX

Dichos y Ezequiel

Ezequiel.—(*Entrando, primera puerta.*) ¡Por fin, el pobre Ramiro!... *(Todos impónenle silencio. Él baja la voz.*) ¡No podía ser menos! Si yo se lo decía; Ramiro, vas mal, te acuestas demasiado tarde... Te diviertes demasiado; a cada edad lo suyo... Los acompaño a ustedes en el sentimiento; ustedes también lo sentirán, ¡aunque como yo!...

Doña Ernestina.—Muchas gracias.

Ezequiel.—Quiero verle. ¿Está muy demacrado?

Carmen.—Ahora lo verá usted; tranquilícese antes.

Ezequiel.—(*Muy tranquilo.*) Bueno, me tranquilizaré. ¿Las ha pillado a ustedes sin nada negro? En casa, no; todos estábamos pendientes de la cosa... Como voy a quedarme aquí... *(Quitándose el gabán y mirando a uno de los muebles.*) (Ahí creo que guarda los valores; ¡he ganado una plaza de heredero, por oposición!) Mis hijas vendrán luego, y sus novios, a cenar.

Doña Ernestina.—Usted es el heredero de Ramiro, ¿no es verdad?

Ezequiel.—Universal, sí, señora. Pero usted y todos ustedes podrán vivir en esta casa todo el tiempo que quieran.

Doña Lola.—¿Qué dice ese hombre? ¿Que él es el heredero?

Ezequiel.—¡Ah, sí señora; todo para mi, todo para mi!

Doña Ernestina.—No haga usted caso.

ESCENA X

Dichos y Manolo

Manolo.—(*Entrando, primera puerta.*) ¡Oh, pobre tío, pobre tío! ¿Dónde está? Quiero verle.

Todos.—¡Chits!

Doña Ernestina.—Ahora lo verás.

Carmen.—Ahora lo verán todos ustedes.

Manolo.—Como yo no entiendo de estas cosas, luego vendrá mi procurador.

Abogado.—(¿Un procurador? Me alegro.)

Manolo.—¡Pobre tío, pobre tío! ¡Tan bueno como era! Bueno, él se ha tenido la culpa; dormía la siesta, eso es muy malsano. Yo se lo decía: tío, te estás matando. A estas horas siempre estaba echado...

Doña Lola.—Y, además, tomaba una de piperazina, que se ponía como borracho.

Manolo.—En medio de todo, hay un consuelo; que se ha muerto de repente, sin ninguna de esas enfermedades tan dolorosas y tan largas, que dan lugar a los médicos para poner esas cuentas... ¡Siempre ha tenido mucha suerte el tío Ramiro!

Doña Ernestina.—¡También tú vienes ya de luto!

Manolo.—¡Ah!, claro; y he avisado a la funeraria.

Doña Lola.—Yo le he encargado una corona.

Manolo. Debemos enterrarle cuanto antes. Yo corro con todo, naturalmente; pero, eso sí, me parece lo

más digno que vayan en el duelo todos los parientes, lo mismo el que hereda que los que no heredan.

Julio.—¡Claro!, eso de heredar es un detalle.

Luis.—Sí, sí; tendremos mucho gusto en ir.

Manolo.—Sí, es preciso que vayan los parientes desheredados, porque siempre está bien que se vean en los entierros algunas caras verdaderamente tristes. Como voy a quedarme aquí... (*Quítase el gabán y los guantes.*) Bueno, tía, excuso decirte que viviréis en esta casa todo el tiempo que quieras.

Doña Ernestina.—Muchas gracias. Me mudaré cuando tenga muchos nietos, y no quepamos aquí.

Manolo.—¿Eh?

Doña Ernestina.—Por lo visto, tú eres el heredero.

Manolo.—De todos sus bienes.

Ezequiel.—¿Eh?

Doña Lola.—(¿También éste?)

Manolo.—Es todo para mí, ¡todo para mí!

Doña Lola.—¡Vaya, basta ya, señores! ¡Qué locuras son ésas! ¡La heredera soy yo!

Abogado.—¡Es ella!

Ezequiel.—¡Soy yo! (*Todos van elevando el tono de voz, hasta llegar a hablar a gritos, cuando entra Bruno.*)

Manolo.—¡Soy yo!

Luis.—¡Lo son estas niñas!

Julio—¡Lo soy yo!

Doña Lola.—Están ustedes trastornados. ¡Yo soy su única heredera!

Ezequiel.—¡No, el único soy yo!

Manolo.—¡Soy yo el único!

Luis.—¡No, todo para ellas!

Julio.—¡Todo para mí!

Doña Lola.—¡Aquí está el testamento a mi favor! (*Enarbolándolo.*)

Ezequiel.—¡Y el mío! (*Idem.*)

Manolo.—¡Y el mío! (*Idem.*)

Julio.—¡Yo también tengo otro!

Luis.—¡Y ellas también!

Bruno.—(*Saliendo, primera.*) Señores, señoritos, ¡chits! (¡Qué voces! ¡Le van a despertar!) (*Gimotea.*) ¡Ay! Ahí hay un señor de las pompas.

Unos.—¿Qué?

Otros.—¿Eh?

Bruno.—De las pompas fúnebres.

Unos.—¡Ah!

Otros.—¡Ya!...

Doña Ernestina.—Que pase ese señor.

Bruno.—(¡Lo despiertan, lo despiertan!) (*Mutis, puerta primera.*)

Manolo.—¿Conque ustedes tienen?... ¡Quisiera yo leer esos testamentos!

Doña Lola.—¡Y yo el de usted!

Ezequiel.—¡Y yo los dos!

Julio.—¡Y yo los tres!

Carmen—¡Y nosotras los cuatro!

Doña Ernestina.—Caballeros: un poco de decoro ante el funerario encargado de enterrarle.

ESCENA XI

Dichos y Funerario. Después, don Ramiro

Doña Ernestina.—(*Al Funerario, que se presenta primera.*) Pase usted.

Funerario.—(*Avanzando.*) Señor (*por Manolo*), señoras, señoritas, caballeros, acompaño a ustedes en su justo dolor. He sido llamado con urgencia, y aquí traigo los últimos modelos. (*Entrega los muestrarios.*)

Doña Ernestina.—Siéntese usted.

Funerario.—Mil gracias. (*Preséntase don Ramiro, segunda puerta, sin ser visto.*)

Don Ramiro. — ¡Qué oscuro está esto! ¿Qué gente es ésa?

Funerario.—Vean ustedes, arca. Es lo que más se lleva, y el difunto está muy cómodo.

Don Ramiro.—(¿A quién van a enterrar?)

Funerario.—¿Coche estufa, a la gran Daumont o a la federica?

Doña Lola.—¡A la gran Daumont!

Manolo.—No; a la federica.

Funerario.—De caballos, ustedes dirán.

Manolo.—Sí, sí; caballos, muchos caballos.

Ezequiel.—¡Lo menos, cuatro caballos!

Manolo.—¿Cómo cuatro? ¡Seis caballos para el tío Ramiro!

Don Ramiro.—¡¡Es mi entierro!!

Doña Lola.—¡No, no; ocho caballos para mi Ramiro!

Don Ramiro.—¿Muerto yo?

Doña Lola.—¿Y se le podría embalsamar?

Funerario.—¡Ah!, sí, señora.

Don Ramiro.—¡No; embalsamado no! (*Avanza. Venle todos.*)

Doña Lola.—(*Aterrorizada.*) ¡Ah!

Ezequiel.—¡Eh!

Manolo.—¡Oh! (*Todos retroceden, excepto el Funerario.*)

Funerario.—¿Qué ocurre?

Don Ramiro.—Nada, nada, siga usted.

Funerario.—(Debe de ser el dueño de la casa.) ¿Le gustará al señor una cámara mortuoria, y mejor con capilla ardiente? Clero de primera...

Don Ramiro.—¿Conque de primera, eh?

Funerario.—Sí señor, con cruz alzada; o de segunda, media cruz. ¡De todos modos, el golpe de vista!...

Don Ramiro.—¿Conque golpe, eh?

Carmen.—¡Tío Ramiro!...

Don Ramiro.—¿Me quiere usted enterrar con ocho caballos?

Funerario.—¡Caballero!

Don Ramiro.—¡Y a la federica!

Concha.—¡Tío!

Carmen.—¡¡Tío!!

Funerario.—¡Ah! ¿Pero es usted el mismo difunto?

Don Ramiro.—Servidor de usted.

Funerario.—Perdone usted. ¿Cómo iba a suponer...? ¡Yo nunca he tratado con el difunto en persona!

Don Ramiro. — Conque ¡difunto! ¡Canalla, miserable funerario! (*Acometiéndole.*)

Carmen.—¡Tío!

Concha.—¡Tío!

Doña Ernestina.—¡Ramiro!

Funerario—(*Defendiéndose.*) ¡Eh, cuidado conmigo!

Don Ramiro.—(*Muy amable.*) ¡Mi querido enterrador!...

Funerario.—¡Vaya, muy buenas tardes! (¡Están locos!) (*Mutis Funerario, puerta primera, apresuradamente.*)

Julio.—¿No querían ustedes ver el cadáver? Aquí lo tienen. (*Abre el balcón, volviendo a estar la escena a plena luz.*) (1).

Don Ramiro.—Pero, ¿quién me ha matado?

Luis.—Yo, querido tío.

Don Ramiro.—¿Tú?

Bruno.—(*Por la primera puerta, con una corona fúnebre.*) Esto traen para el señor.

Doña Lola.—¡Es la mía, mi corona! ¡Ya ves si era verdadero mi cariño!

Carmen.—Es muy bonita; no te puedes quejar, tío.

Manolo.—(*A Luis.*) ¿Es usted el autor de esta burla, señor mío?

Don Ramiro.—(*A Luis.*) ¿Qué se ha propuesto, usted, caballerete, con esta farsa?

Luis.—Reunir a todos sus herederos únicos de usted.

Don Ramiro.—(¡Me ha descubierto!)

Julio.—Se hacían pasar todos por herederos únicos, y ¡como el único heredero único de usted soy yo, tío, que para mí es un padre!...

Doña Ernestina—¡Como yo lo sé por ti, que las únicas son mis hijas!...

Don Ramiro.—(¡Ay! ¡Ahora sí que me muero de verdad!)

Manolo.—Pero ¿quién era el heredero?

Doña Lola.—¡Sí, que se sepa!

---

(1) Si se quiere evitar colocar en el balcón puertas que jueguen, se puede dar y quitar el oscuro corriendo y descorriendo unos cortinones.

Ezequiel.—¡Vamos a ver!... (*Todos acosan a don Ramiro, que se desploma.*)

Luis.—Ninguno. Don Ramiro tiene el capital a renta vitalicia; nadie le heredará, puesto que le ha heredado ya en vida la Compañía.

Manolo.—¿Es eso verdad, tío?

Ezequiel.—¿Has cometido esa infamia?

Doña Lola.—¡Ah, qué sofocación! No me desmayo porque ya van dos, pero ¡ahora sí que lo merecía!

Don Ramiro.—¡Dejadme, dejadme! Sí, es verdad. ¡Dejadme! No quiero ver gente de luto por mí.

Manolo.—¡Qué canallada!

Ezequiel.—¡Qué granujería!

Doña Lola.—¡Yo me voy ahora mismo de esta casa maldita! (*Al Abogado.*) Deme usted el brazo.

Abogado.—Señora, quítese usted la bata.

Ezequiel.—¡Yo me voy también!

Manolo.—¿Quién va a estar en casa de este tío despreciable? (*Mutis, primera, doña Lola, Manolo, Ezequiel y Abogado.*)

Julio.—Aún queda otro heredero único: el criado.

Bruno.—Sí, a mí me engañó también. ¡Pero mi testamento se lo traga! (*Mutis, puerta primera.*)

ESCENA XII

Carmen, Concha, doña Ernestina, don Ramiro, Julio y Luis

Luis.—¿Qué dice usted, suegra?

Doña Ernestina.—Que las dos bodas serán muy pronto. (*Mutis los cinco, puerta tercera. Don Ramiro queda revolcándose en el butacón.*)

Don Ramiro.—(*Solo.*) ¡Ay! ¿A qué difunto le han pedido nunca las cuentas que a mí?! ¡Ay!, ¡ay! Ahora, ¿quién me cerrará los ojos, cuando me muera de verdad? ¡Desdichado el que malgasta en vida sus herederos!

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE ANTONIO DOMÍNGUEZ

LA BUENA VOLUNTAD, comedia en tres actos.
EL BUEN ESPAÑOL, comedia en tres actos.
JUAN, EL TONTO, comedia en tres actos.
GLORIA Y FAMILIA, comedia en tres actos.
EL RECUERDO, comedia en tres actos, en colaboración con Arias Carvajal.
EL MAYOR ÉXITO, comedia en un acto.
¡YA SOY UN HOMBRE!, comedia para niños.

LA HERENCIA DE GIL, relato escénico en cuatro actos.

GLORIA AL VENCEDOR, cuadro trágico.

EL SEDUCTOR, sainete con música del maestro Chapí.
COLGAR LOS HABITOS, sainete con música de los maestros Lleó y Foglietti.
EL BATEO, sainete en colaboración con Antonio Paso, música del maestro Chueca.
EL CIEGO DE BUENAVISTA, sainete en colaboración con López Silva y Toral, música del maestro Torregrosa.
EL FRESCO DE GOYA, sainete en colaboración con Arniches y García Alvarez, música del maestro Valverde.

LA NUEVA LEY, divagación cómica.
PODEROSO CABALLERO..., engendro cómico.
LOS DOS VIEJOS, zarzuela cómica, música del maestro San Felipe.
NO MAS NERVIOS, juguete cómico, con música del maestro Fonrat.

EL SÉPTIMO, NO HURTAR, revista con música del maestro Calleja.

¡ABAJO LOS CONSUMOS!, revista en colaboración con Pablo Cases, música de los maestros Quislant y Ruiz de Arana.

JOHN PERES, entremés.

¡SOLOS, AL FIN!, entremés con música de los maestros Ribas y Ruiz de Arana.

RELATOS, colección de cuentos.

IBSEN Y BENAVENTE, conferencia.

HISTORIA DEL PAPA ABDÓN Y DE SU HERMANO GEMELO, novela editada por "El Libro Popular".

EL AMOR Y LOS MICROBIOS, novela galante.

HSTORIA DE GRACIA LA DESGRACIADA, dislate novelesco.

CUENTOS, ARTÍCULOS Y POESÍAS.

Precio: DOS PESETAS

